

tu: entre estos dos extremos la elección no es dudosa: la Humanidad ha recorrido grandes etapas en el progreso, debido á los trabajos y descubrimientos de los sabios más ó menos excéntricos; pero no creo que deba nada á los atletas y gladiadores. En la antigua Grecia eran considerados como gente soez los *Beocios*, porque en su mayoría eran muy robustos y rudos para la pelea; pero al mismo tiempo ignorantes y ásperos. Sin embargo, brillaron por excepción Píndaro, Pelópides y Epaminondas.

En suma, cuanto llevo dicho en este pobre y deslucido bosquejo, y todo lo que hay escrito sobre el particular, que es inagotable, puede formularse en esta frase feliz del poeta satírico Juvenal, contemporáneo de Quintiliano:

Mens sana in corpore sano.—HE DICHO.»

* * *

Puso fin al acto el señor ministro de la Gobernación que comenzó dando gracias por las frases benévolas de que había sido objeto, y se asoció á las alabanzas dirigidas á la Diputación por haber construido el edificio, y al Ayuntamiento por ceder el solar, desprendimiento que dice mucho en favor del celo que ambas corporaciones muestran por la enseñanza, tan enaltecida en el magistral discurso del Sr. Director.

Tuvo para los escolares sentidas y elocuentes frases, alentándoles á estudiar al amparo de la paz que hoy reina, con objeto de llegar á ser buenos ciudadanos y dar días de gloria á su patria.

Les invitó á seguir el ejemplo que les da S. M. el Rey, modelo de aplicación y amor á la ciencia, y terminó declarando abierto el curso.

Los tres citados señores merecieron grandes aplausos de la concurrencia.



BASCO-NABARROS ILUSTRES

ECHANDÍA

El notable botánico y bascófilo nabarro señor Lacoizqueta, párrocó que fué de Narvarte, en el interesante prólogo de su «Diccionario de nombres bascongados de las plantas», menciona al botánico cuyo nombre encabeza estas líneas y recuerda que fué tan estimado del insigne naturalista sueco Linneo que éste le dedicó una especie vegetal á la que puso por nombre específico Echandía. En Zaragoza existe una calle llamada *de Echandía*. ¿Quién era Echandía?

Un farmacéutico que realizó notables trabajos de botánico y que contribuyó muchísimo al adelanto intelectual y material de la capital aragonesa. Nació en Pamplona el 4 de Febrero de 1746 y murió el 20 de Julio de 1817. Eran sus nombres de pila Pedro Gregorio.

Se estableció, apenas terminados sus estudios farmacéuticos, en la ciudad del Pilar, donde fundó la *Sociedad económica de amigos del país*; y después, con la cooperación de ésta, varias cátedras, un laboratorio y un jardín botánico donde cultivó y catalogó dos mil especies vegetales de diversos países. Entre estas se hallaba la *patata*, planta que por entonces, y aun mucho tiempo después, tantos enemigos tenía; y que después ha sido llamada con razón *la carne del pobre*. Echandía sostuvo las excelentes condiciones alimenticias de la patata y consiguió que se la admitiera como alimento corriente para las personas.

Dejó escritas varias obras de mérito y entre otras las tituladas *Commentarios á la Materia Médica de Cullera*, *Anotaciones á las Instituciones de Francfort*, *Sinonimia botánica é Indico-sinopsis flora cisarangustana abreviada*.

Compréndase qué grande había de ser su mérito para que Linneo, el mayor naturalista de su siglo, le honrase con distinción tan señalada como la que hemos mencionado.



DANOK IRAGO BEAR

Olatu garratz samin artetik
Bizitzau mundu onetan
Danok irago bearra dogu
Gaztetan edo zarretan;
Zoriontasun danen erdian
Jaioagaitik askotan,
Jauregi eder aberats eta
Naiera gozodunetan,
¿Atarikoak bere ez dira
Gerora egun latzetan,
Ikusten ontzi ona galdurik
Sarritan ichasoetan?

Larrachorien gisan ichirik
Egazti andiak bean,
Igotakoak odehyetara
Suerte onak jotean,
Eta orlako asko naiz bizi
Ondo geyenen ustean,
Aberasturik dagozalako
Emen, an edo bestean,
¿Baña etziran jayo beartsu
Ezeukidunen artean,
Goyan Zeruaz, beian soruaz,
Utsagaz aldamenean?

¡O! eta zeinbat dirudun barriz
Beti aberats bizirik,
Ikusten diran osasun baga
Poza billatu eziñik;
Ta zeinbat pobre osasundunak
Diru egarriz tristerik,
Gomutau bere baga munduan
Badago gišotasunik;
¿Batzuk legeche besteak bizi
Ez dira naibageturik,
Bakocha bere olatuetan
Ur mingoztuak edanik?

Zeinbat gazte eder bere dakuzguz
Arrotu eta jagirik,
Dirudiela jaungoikochoa
Askoi agurrak arturik,
Lora galant bat zirudiana
Atzo oraindik guririk,
¿Baña, ez dogu gaur ikusiten
Zimeldutera asirik,
Bizimoduko ichasoari
Arpegi emon eziñik,
Atsekabezko ur mingotzetan
Lengo poz dana galdurik?

¡Ay! zeinbat zoli jakituriaz
 Diranak zaratatsuak,
 Ditu ezanak erakutsiten
 Orriz jantzirik buruak,
 Naiz umant izan ȝbaña al dira
 Atse kaberik bakoak?
 Ez, orreik bereurrean daukez
 Etsai ta arerioak,
 Zeintzuk eregi eiten deutsezan
 Olatu amorratuak,
 Edan erazo oi deutsezala
 Zurrutada ospiñezkuak.

Pozari miñak beti nora nai
 Jarraitu oi deutsa egan,
 Gizona beti dabil zabuka
 Ontzia dabillan eran;
 Anchiñakoak alan ebiltzan,
 Gaurkoak dabiltz orrelan,
 Urrengokoak bere ez dira
 Bizi izango bestelan;
 Emen ondatu bearrean ta
 Ur miñak egiñik edan,
 ¡Ay! ichasoa irago bear
 Jayotakoak nai zelan!

FELIPE ARRESE TA BEITIA.

GURUTZE SANTU LEZO-KOARI

Bere eleizachoan
 gogoz da agurtzen,
 Jaun maitetasuna maiz
 diguna agertzen,
 da karidade iñoi
 ez dana agortzen,
 amorioa dauka
 gugana iñurtzen,
 malko bi biotzean
 dizkanari urtzen,
 zorionak millaka
 diozka biurtzen.

RAMÓN ARTOLA.

EL CÍRCULO MINERO DE BILBAO

EN LA EXPOSICIÓN DE PARÍS

El Círculo Minero de Bilbao ha obtenido en la Exposición de París el «gran premio» por la hermosa instalación que hizo en la sección de minería.

El señor marqués de Villalobar, en nombre del delegado régio en la Exposición, ha escrito al presidente del Círculo Minero don Julio de Lazúrtegui una carta en la que le dá cuenta de tan grata noticia.

Añade el señor marqués en uno de los párrafos de la carta:

«He tenido un verdadero placer en su triunfo, al cual hubiese prestado todo mi apoyo si hubiese sido preciso, pero es tan justo como merecido».

La instalación merece grandes elogios, así como el interés que demostró el señor Lazúrtegui, alma y vida, de que aquélla fuese, además de rica en detalles de cuanto poseen las montañas de Bizcaya y nuestro puerto, una verdadera obra de arte.

El resultado de su iniciativa é interés bien claro está. Bizcaya ha quedado á gran altura en el primer mercado del mundo, á donde ha llevado para que la conozcan minuciosa descripción del importante desarrollo de su riqueza minera.

Ha contribuido al triunfo obtenido don Ernesto Ercoreca, notable delineante que presta sus servicios en las obras del Puerto exterior, pues él dirigió en París la instalación, colocando con exquisito gusto las diferentes clases de mineral, planos de la zona minera, vistas de los cargaderos, planos inclinados, depósitos de mineral y otros que han llamado la atención de cuantas personas visitaron la soberbia instalación del Círculo Minero de Bilbao.

Reciban nuestra enhorabuena cuantas personas han contribuido á obtener tan alta recompensa.

LAS PRUEBAS DE GANADO VACUNO

El gobernador civil de Guipúzcoa ha dictado con fecha 10 del corriente la siguiente circular que aplaudimos sin reservas.

«Hallando atendibles y justificadas las quejas que á este gobierno civil se producen por las condiciones poco cultas é inhumanas que se emplean al celebrar los espectáculos llamados pruebas de ganado vacuno; y para que subsistiendo la costumbre de celebrar dichos espectáculos, desaparezca lo que tienen de repugnante, he acordado disponer que desde la fecha y en toda apuesta de bueyes y vacas que se celebren se han de observar las condiciones siguientes:

1.^a Que por entrada y estancia en la plaza, no se cobre cantidad alguna á los espectadores.

2.^a Que un solo arreador maneje y dirija la pareja de ganado, no debiendo exceder de una hora el trabajo de ésta.

3.^a Que la vara llamada pértica ó akullu que emplee el arreador, sea la comunmente usada en faenas agrícolas, y siendo el aguijón de tamaño que no pueda producir sangre á los animales.

4.^a A fin de que se cumplan estas condiciones, asistirá á las apuestas un delegado de este gobierno, cuyos honorarios serán de cuenta y cargo del que solicite la autorización para realizar aquella.

Los alcaldes, guardia civil, miqueletes y demás dependientes de mi autoridad, harán guardar los preceptos que quedan consignados».



LA ROMERÍA DE SAN MARCIAL

Beatus ille qui procul negotiis.

En mi vida he pasado días más tranquilos y más felices.

Y fué que cansado de ciertos quehacercillos públicos de los que suele uno sacar muchas veces los piés fríos, la cabeza caliente y el corazón con buena dosis de algo que en nada se parece á la dulzura, decidí ¡qué diantre!, echarlo todo á doce y darme una temporada de vida idílica, patriarcal, que contrastara con la agitación pasada.

Y dicho y hecho: un día, de madrugada, me calcé unas alpargatas blancas como la nieve del Zaraya, colgué de un grueso bastón de monte un pequeño lío de ropa que me habían preparado, y apoyando aquel en el hombro, á uso de las gentes de mi país, aprovechándome de la soledad de mi calle, la atravesé con cierto airecillo de voluntario carlista, y emprendí la subida del monte, por el que serpeaba el sendero que conducía al término de mi viaje, el cual no era otro sino un antiguo caserío que me legaron mis padres, apartado de los mortales como suelen estar los nidos del cuclillo anunciatord de las alegrías primaverales.

Excuso decirte, amigo lector, que en cuanto me encontré en el campo no me acordé más de los malos ratos pasados que Napoleón de su antigua oscuridad y pobreza el día de Austerlitz. Caminaba sintiendo en mi pecho palpitaciones de gozo, más ligero que un pájaro. ¡Qué mañana aquella más hermosa! Era en mayo, el mes de las flores y de la alegría. Iba yo, ¡aufa!⁽¹⁾ por mi vereda entre castañales, oyendo el canto de los pájaros que revoloteaban entre el ramaje, respirando ese aire vivificador de la madrugada exento de toda impureza, y conforme iba encontrando señales de que estaba próximo el término de mi viajata, más apretaba el paso y sentía mayor contento. Con tan buenos ánimos subí la cuesta, que á la hora próximamente de haber dejado mi casa, desembocaba en la pradera en cuyo fondo se esconde el caserío de Zupide, el cual entonces apenas se dejaba ver, medio cubierto por el follaje de los corpulentos robles que allí extienden sus copas y llenan aquel apartado sitio de sombras y de frescor. Lo primero que hice, antes de presentarme en la casa, fue sentarme al pie de uno de aquellos árboles, y después de enjugarme el sudor que á pesar del fresco de la mañana me bañaba la frente, fumar un cigarrillo contemplando la rica vegetación de aquellos lugares con la satisfacción de quien há tiempo no ha respirado con más delicia. Pero en esto llegaron adonde yo estaba á darme la bienvenida Antón, el inquilino de Zupide, y Franchiska Iñasi, su mujer, viejos ya los dos y muy amables ambos, y con mucha insistencia me invitaban á que pasara adentro, que ya me tenían preparado un cuartito bastante bien arreglado, y procurarían por todos los medios posibles que la estancia en el *baserri* me fuera agradable. Traían de la mano á dos nietecitos tuyos muy rollizos y muy guapos. *Ugasaba Jauna, nekatuta egongo da* (Señor amo, estará usted cansado), déciame la buena de Franchiska Iñasi dándome unas cariñosas palmadas en la espalda que no hubiera yo cambiado por cien sonrisas palaciegas. A todo esto Pinto, el *atari-chakur* del caserío, ladraba como un condenado, forcejeando desesperadamente por librarse de la cadena que le tenía sujeto en el gran portalón de la casa, y todas las amenazas de Antón, ni todas las palabras de cariño que desde donde estábamos le dirigía yo como antiguo amigo suyo, no fueron parte para que dejara de ladear y gruñir. Entramos en la casa. Me condujeron á mi cuarto, que no por ser pobre dejaba de estar blanco como

(1) ¡aufa! Exclamación de alegría entre los euskaldunas.

la nieve ni carecía de lo más necesario, y después de repetirme el matrimonio que dijera con franqueza todo cuanto se me ocurriese, y de apretarnos de nuevo las manos con efusión, ellos con sus pequeñuelos se fueron escalera abajo, y yo me eché de pechos á la ventana á respirar con una especie de embriaguéz aquella atmósfera de caserío, buena para los débiles del cuerpo y buena para los tristes del alma.

¿Cómo contarte al detalle, amigo lector, los excelentes días que allí pasé, suelto como una alondra, volando de continuo del caserío á la cúspide, de la cúspide al llano, del llano al sitio aquel escondido donde había anidado una abubilla, de aquí á la heredad en cuesta donde araban lentamente, pero con paso firme y segurísimo, los poderosos bueyes de Pedro José, el casero de Idurio, con quien hablaba á menudo? ¡Cuántas veces me sorprendió la noche por aquellos andurriales, y cantando alguna de esas canciones que brotan de los labios en los momentos de verdadera paz y alegría, eché á andar maquinalmente hacia la casa, donde me esperaban con la sonrisa siempre en los labios Antón y Franchiska Iñasi, José Andrés y Mañuela! «¿Por dónde ha andado V.?», me decían con el mayor cariño; «se conoce que le va gustando nuestra vida del campo». Y juntos entrábamos en la casa, y juntos cenábamos, y juntos rezábamos el Rosario, el cual solía ser interrumpido muchas veces por órdenes como esta, que daba el viejo: «José Andrés, vé á ver qué tiene la vaca.» «Sal á la puerta, Austiñ, á ver quién viene, que Piñó ladra mucho.»

Era feliz. Además de todo, aquel antiguo caserío encerraba recuerdos de familia que daban particular encanto á la tranquila estancia. Yo no podía olvidar un momento que allí, *in illo tempore*, pasaban el verano mis tatarabuelos; de lo que dan indicio algunas señales de antigua importancia que ostenta la casa, entre ellas, los restos de lo que un tiempo fué capilla. *Oh tempora!* Aquella humilde choza encerraba sin duda alguna para mis abuelos todo el boato, toda la caprichosa elegancia, todo el *chic* de Dieppe, Trouville y Biarritz juntos.

Un día, después de comer con muy buena gana la sencilla pero apetitosa comida cuyo final obligado era la sustanciosa leche con maíz; después que hablé cuanto se puede hablar con la buena de Franchiska Iñasi mientras Antón y el matrimonio joven descansaban un poco para volver de nuevo al interrumpido trabajo, viendo que por excepción no me tentaba el sueño, salí sin rumbo fijo del caserío, y como piedra

que se suelta en la pendiente, me dejé caer por entre aquellas magníficas arboledas, abandonado á mil vagos pensamientos, como hoja seca y caída que vá adonde la lleva el viento. El calor de la hora de la siesta no convidaba á andar; así es que, aprovechando la caritativa sombra de uno de aquellos viejos robles, sin cumplidos de ningún género, puesto que solo Dios me veía allí, me tendí cuan largo era sobre la hierba menuda y fresca sembrada de helechos. Crucé las manos debajo de la cabeza para que le sirvieran de almohada, y contemplando el hermoso cielo que á trechos brillaba entre el ramaje, hice lo que todo mortal en idénticas circunstancias: ponerme á pensar en las Batuecas. Poco recuerdo de lo que por allí vi entonces (tan distraído estaba); pero creo que me hallaba en una fuerte hendidura del terreno, en cuyo fondo se sentía algo así como débil rumor de agua. Una malviza me recreaba los oídos desde cierta distancia con primores de su repertorio; y era el único volátil que tuviera á aquellas ardorosas horas ganas de *hacer música*. En cambio los grillos redoblaban con brío, y las cigarras, las eternas perezosas, riéndose de las pullitas de La Fontaine é Iriarte, ensordecían los oídos con ese monótono canto suyo que tan bien se armoniza con la quietud del campo y los ardores del sol.....

¿En qué pensaba yo entonces...? No puedo decirlo con fijeza. Mil imágenes, mil ideas revoloteaban en mi cerebro, como mariposillas pintadas y volubles que apenas tocan en cada flor. Sentía el bienestar de quien se encuentra en el campo, y en el campo de esta nuestra *Euskal-errria*, solo y sin más compañía que su imaginación, y esta por mas señas á punto de dormirse por efecto de la hora, el calor y el silencio. Ya casi estaba en los brazos de quien á diario nos toma en ellos, cuando me pareció sentir el tañido de una campana próxima, pequeña y débil como de ermita. Serían sueños tal vez, sería el aire ó travesura de muchacho; pero es lo cierto que yo la oí. Me incorporé un poco; miré á todas partes para mejor hacerme cargo del sitio en que me hallaba, y no tardé mucho en comprender la causa de mi extrañeza, pues gracias á un claro que dejaban los árboles que tenía al frente, dirigiendo la vista con cuidado por entre las hojas, distingui como á poco menos de un tiro de piedra de donde yo estaba, parte del tejado de una ermita, y en él su espadaña y su campana, que era sin duda alguna la que momentos antes había vibrado tan suavemente. Entonces caí en la cuenta de que me encontraba á dos pasos de nuestra ermita de San Marcial, la ermita venerada de los vergareses, en cuyo derredor

se celebra todos los años el último día de Junio una de las más clásicas y animadas romerías de esta comarca, una de esas fiestas con la que sueñan medio año lo menos mis paisanos, especialmente si se encuentran en la risueña edad en que se cuentan por abriles los años. Entonces me vinieron á las mientes las muchas veces que había asistido á ella cuando niño, cuando era ya mayor, y á pesar de la soledad de la ermita, me parecía oír dentro de ella el murmullo de las oraciones, semejante al zumbar de agitada colmena, los pequeños chasquidos que produce el chisporroteo de las velas colocadas ante el altar, y oía el sonido alegre del *tun-tun* que retozaba allí, convirtiendo aquél agreste y fresco sitio en alborotado campo de baile. Y las ideas que despertaba en mí la vista de aquella pobre iglesita y de aquel bosque solitario fueron tomando cuerpo, como esas olas azules que se agrandan á medida que avanzan, y sentí que mi corazón se henchía con recuerdos tristes y alegres, encontrando en la tristeza aquella cierto consuelo, y en aquella alegría cierta tristeza amarga: la pena de ver que el tiempo pasa y no vuelven los años; el dolor de ver lo bien afilada que tiene la muerte su guadaña cruel. Porque en aquel momento recordé con lágrimas en los ojos á mis padres, que allá abajo descansan en el cementerio; recordé á parientes, á amigos del alma en cuya compañía se deslizaron aquellos venturosos y nunca bastante recordados días de la infancia. Reflexioné sobre los cambios que traen consigo los tiempos: pensé con cierto desconsuelo en lo que fué y es hoy día nuestro país; y me parecía ver allí vueltos á la vida y á la juventud á muchos que ya han muerto, bailando en medio de la general algazara al toque del tamboril.

Agobiado por tan desordenado cúmulo de ideas, profundamente conmovido, apoyé de nuevo la cabeza en el césped, cerré los ojos llorosos, y á pesar de que contrarios sentimientos agitaban mi alma, poco tardé en dormirme.

¿Pero quién puede cortar las alas á la imaginación...? Esta campó por su respeto. Se trasladó rápida como paloma viajera, á los tiempos de nuestros padres, y allí abatió su vuelo, y en aquellos campos, para mí más verdes y más frescos que los que ahora veo, se posó. Parecióme entonces, por uno de esos retrocesos del tiempo tan comunes en los sueños, que me hallaba poco más ó menos en la mitad de esta centuria, y que con gran júbilo de todos era llegado un día de San Marcial. Yo lo vi clarear. Ví apagarse poco á poco la luz de las estrellas que alegraron la noche que le precedió, serena y hermosa. Los pajá-

rillos, en las obscura selvas, comenzaron á agitarse y á saludar con su canto al nuevo día. Los prados y los montes, conforme iba el alma con mano lenta y suave recogiendo el triste manto de la noche, se mostraban en toda su risueña hermosura, bañadas en rocío sus hierbecillas y sus flores. Oía el murmullo de los arroyos, sentía el bullir de las fuentes, escondidas como violetas allá en lo más sombrío. El céfiro suspiraba entre las hojas, que se extremecían ligeramente á su paso. Harto ya de sueño, mugía el ganado en los caseríos, los cuales daban señales de vida, abriéndose rechinantes sus puertas, cerradas durante la noche más por abrigo que por temor á humana codicia. El eco repetía los sonoros ladridos de los perros; y allá lejos sonaban, acompañados de largos *lekayos*, la dulzaina y tambor pastoriles, anunciando fiesta.....

Sonó lento y grave el toque del alba en las dos parroquias del pueblo, y no mucho después abriánse de par en par las grandes puertas de una de ellas, la de Santa Marina, para dar paso á una procesión de rogativa que salía lentamente y con la mayor devoción, cantando la Letanía de los Santos. Abre la marcha la Cruz parroquial y la siguen media docena de sacerdotes con sobrepelliz. Van inmediatamente los mayordomos, llamados comunmente *Reyes*; cuatro hombres y cuatro mujeres. Estas llevan vestido negro con manto que les cubre la cabeza y se sujetan en la cintura. Los varones ostentan con cierta satisfacción, que claramente se pinta en sus semblantes, el característico traje de los Reyes: casaca con chaleco blanco y calzón corto, en los piés elegante zapato con pulcra hebilla, y el ceremonioso tricornio en la cabeza, sirviendo de complemento á tan pintoresca y tradicional indumenta un grueso bastón de mando con puño de plata. Llevan además en el hojal, como señal de que es fiesta alegre y campestre la que empieza, un clavel amarillo, rizado y oloroso como todos los de su clase. Detrás de los *Reyes* van rezando muchas mujeres y no pocos hombres. Tampoco faltan jóvenes de ambos sexos, llevando los muchachos en la mano flores recogidas con el mayor cuidado aquella madrugada.

A esta pintoresca y devota procesión la veo subir por la misma vereda que me condujo á mi retiro, y como á mí los pajarillos la saludan durante todo el camino con sus alegres trinos. Cuando la comitiva se encuentra con algun casero ó casera de por allí, aquel se descubre respetuosamente, é incorporándose á los demás, siguen su viaje.

Al descubrirse la ermita, que esconden casi del todo soberbios castaños en flor, comienza de nuevo el solemne canto de la letanía, al

que se une el precipitado y alegre voltear de aquella campanita que ya conocemos, y penetra la procesión en la iglesia, pequeña para todo aquel tropel de gente. Los ocho mayordomos ocupan sus asientos; á la derecha los varones, las mujeres á la izquierda; y previo un ligero descanso, da principio la misa llamada de rogativa, cantada y solemne. Al ofertorio los *Reyes* y *Reinas* besan la estola que el celebrante les presenta.

Termina la función matinal, y los devotos se desparraman por aquella arboleda; organizan almuerzos, empieza el mosto á entrar en funciones, y todo es alegría y bienestar. El tamboril de la villa, que más tarde ha de hacer las delicias de los bailarines, no está todavía allí: es temprano para su señoría; pero hacen sus veces como mejor pueden, un *chistu* y un tamboril de caserío que desde luego se han colocado en la pequeña explanada situada junto á la ermita, invitando á la gente alegre á lucir la agilidad de sus piés y la gracia de sus movimientos. Varias parejas, ligeras y sonrientes, salen á plaza, y con mucha soltura bailan un fandango y un *ariñ-ariñ* capaces de resucitar á un muerto. La gente madura, terminado ya su almuerzo, fuma, charla y ríe, cómodamente sentada en la yerba. Los chicos, siempre traviesos, corren de aquí para allá, suben á los árboles como gatos, arrancan por sorpresa de manos de las sencillas muchachas caseras claveles encendidos como sus mejillas, y luego huyen que no los alcanza el viento. Todo se hace como en familia á aquellas tempranas horas. Se conocen todos. Ya varias rosquilleras vestidas de negro han establecido sus puestos á la orilla de la plazoleta donde se baila, y allí están las pobrecillas esperando á que los golosos vengan á comprarles dos cuartos ó cuatro de sus clásicas y blanquísimas rosquillas, de sus finos bizcochos de Mendaro, todos ellos compitiendo en blancura con el pañuelo que llevan atado á la cabeza sus vendedoras. También las *poncheras* empiezan á llegar, é instalan junto á aquellas sus mesitas, donde colocan agua fresca y azucarillos en abundancia. ¡Qué frescura, qué alegría, qué amable paz se respira á aquellas horas en la arboleda! Ya pronto el sol brillará entre las hojas de los castaños; ya pronto vendrá el astro del día á vestir de oro aquellos sitios, á hacer sabrosa la sombra con que los seculares robles nos brindarán. Pero veo que se ponen muchos en movimiento, que todos se descubren, que los labios devotos rezan. Es que sale de la ermita la procesión de rogativa, la que he visto venir antes, al amanecer, tan silenciosa y recogida. La

campana de la ermita suena de nuevo; se oye otra vez la letanía de los santos; callan las risas; el *chistu* enmudece; hasta los niños se vuelven formales en aquel momento y rezan. Los primeros rayos del sol, abriéndose paso trabajosamente por entre las ramas, besan la cruz, la cruz que va en alto bendiciendo á todos, la cruz redentora, y brillan como diamantes sus extendidos brazos.

Después todo queda en cierto silencio relativo. Las mujeres que han instalado sus puestos para comidas, trajinan y se afanan preparando mil cosas necesarias para aderezarlas. Los *gurdis*, con sendos pellejos de vino á cuestas, van llegando lentos y rechinantes, y toman también sus posiciones. Un par de *mutilles* limpian y preparan el juego de bolos, que estará muy animado por la tarde. En la ermita hay ahora poca gente; algunas mujeres. La campana, sin embargo, no cesa en su tintineo. Un poco antes del medio día se celebra la misa mayor, la misa del barrio, á la que muchos fieles asisten, y cuando termina, vuelve á oírse el fandango, pero un fandango de más vuelos que el de las primeras horas, como que lo toca el tamboril del pueblo que ya dejó el blando lecho de los perezosos y se vino muy contento á la romería. ¡Qué bien suena! ¡Qué airoso que es su compás! De seguro que no hay entre los remeros uno solo que no le bendiga desde su corazón. Praisku, un viejo de buen humor, que tiene la pipa en la boca, y á quien las frecuentes libaciones de la mañana le han puesto más alegre que unas pascuas, saca á bailar á la rosquillera Konchesi, su amiga de niñez, y es de ver lo que gozan aquellos dos setentones en recordar, mientras mueven pausadamente los piés, los lejanos tiempos de sus mocedades, de sus amores tal vez. El público ríe á mandíbula batiente. Alguno que otro viejo contemporáneo de la gentil pareja, con los ojos enterneados, dice á los que tiene á su lado que Konchesi parecía una reina cuando joven: tal era su hermosura y su empaque; y que Praisku enamoraba por lo alto y bien dispuesto á todas cuantas tenían la dicha de mirarle.

Ha sonado la hora del medio día; el sol cae á plomo sobre la hondonada, y nadie piensa en aquel momento más que en comer. Hay algunas mesas preparadas, no muy bien niveladas ni muy cómodas, para los que gusten pasar allí el día. Las gentes se instalan en sus rústicos asientos, y comienza la sabrosa faena. Otros, no tan bien avenidos con lo campestre, vuelven á sus casas á cobrar ánimos para venir de nuevo á la tarde. A los caseríos de las inmediaciones, de donde se

elevan perdiéndose en el aire caliente y diáfano azuladas columnas de humo, van llegando los convidados, á algunos de aquellos en buen número. Los hombres en mangas de camisa, muy compuestas y aseadas las mujeres, pónense á la mesa colocada en la ancha portalada con arcos ó á la sombra del nogal vecino, y conforme llegan los distintos platos, en los rostros de todos se va pintando con colores cada vez más pronunciados la satisfacción que suele ser tan natural en tales casos. Las conversaciones se animan; empiezan los cánticos; algunos *bersolaris* lucen sus facultades improvisadoras; y luego, después que se han levantado los manteles, se duerme la siesta á la sombra, si el cuerpo lo pide.

Y mientras esto sucede en el campo ¡qué movimiento, qué afanes en las calles de pueblo! Las gentes andan más de prisa que de ordinario; pregúntanse unos á otros la hora en que van á emprender la marcha; se ponen de acuerdo los jóvenes de uno y otro sexo para subir juntos; grandes cestas de provisiones se pasean por las tiendas del pueblo llevadas por limpias y airoosas muchachas de servicio; y en el general contento, en la especie de fiebre que conforme van pasando las horas agita cada vez más á los vergareses, se mezclan jóvenes y viejos, el señor y el artesano, la linda y emperegilada muchacha del pueblo con la respetable señora. Para todos es la fiesta; todos son hermanos.

A las tres de la tarde el movimiento es ya general en la villa y caseríos hacia la lejana ermita. El pueblo va quedando vacío y silencioso, sin que se oiga en todo él más que ladridos de perros y cantos de pájaros y grillos balconeros. Las veredas de los montes se llenan de gente; quedan abandonados los caseríos; por la orilla de los maizales que la brisa de la tarde agita, junto á los trigales amarillos, andan, corren y saltan los mozos, retozan las alegres muchachas, llevando sueltas las hermosas trenzas. Es de ver cómo por todos lados van desembocando los remeros en el castaño de San Marcial, en el sombrío y fresco castaño de San Marcial, que rodea la piadosa ermita como amparándola; cómo se agrupan hombres, mujeres, niños, por familias, por grupos de amigos, y haciendo mesa de la verde yerba, se sientan en corro, preparan sus cachibaches y saborean las apetitosas viandas que con todo cuidado han colocado en un gran cesto las solícitas *echecho-andres*. Sale á plaza el vino, ese producto de la noble Navarra que tanto alegra el corazón del hombre: todos los labios lo besan con cariño; aumenta el buen humor por momentos; sube de tono la alga-

zara; se canta, se bromea. Ved aquel simpático grupo que forma una sola familia compuesta de un matrimonio joven y varios niños de corta edad. El padre, que lleva pintada la bondad en su rostro, invita á su niña menor, un angelito de dos ó tres años, á rezar como de costumbre cuando toman algún alimento, y la oración brota cándida y pura de los sonrosados labios de aquella niña, mientras sus padres sonríen gozosos. En aquel otro corro que se ha cobijado á la sombra de un castaño tan viejo como grande, se dan carcajadas estrepitosas. En esto llega á él, llevando en la mano derecha un gran jarro de vino, el famoso Jošé Ramón, á quien conoce todo el pueblo por el apodo de *Galtzaundi*; lanza un fuerte *lekayo* que brota espontáneo de su pecho inundado de bienestar, y á las repetidas invitaciones de los que meriendan, se sienta entre ellos y comienza con sus dicharachos y sus bromas. El recien venido es un viejo soldado, un soldado de la batalla de San Marcial, que, una vez que se siente y trague un poco más, les contará por centésima vez á sus amigos las peripecias de aquella gloriosa jornada, donde ganó una cruz que guarda como oro en paño. La gente del campo merienda también, pero algo separada de la del pueblo. Aquellos grupos de caseros son aún más pintorescos. Muchos mozos lucen boina encarnada; otros la llevan blanca. Cubren los viejos la encanecida cabeza con el venerable *chimista-kontrako*. Hay allí muchachitos de tostado y cándido rostro vestidos con chaleco encarnado, blanco pantalón de hilo, y albarcas.

Pasó la hora de las meriendas; levantáronse los manteles y empieza de nuevo el baile. Los alguaciles, vestidos á la antigua española con golilla, calzón corto y capita, empuñan sus bastones, y sin grande esfuerzo, porque el pueblo basco es siempre sumiso á la autoridad, despejan la explanada, que rebosa de gente. Suena un nutrido y largo redoble que pone eu commoción á todos, y entre la curiosidad del público que aplaude, sale al redondel una fila de jóvenes de aristocráticas familias vergaresas, á los que se han unido algunos amigos venidos de otros pueblos de la provincia con objeto de asistir á la romería. El que marcha primero y va á bailar por consiguiente el *aurresku*, es un señor respetable, pero campechano y de buen humor, á quien todo el público saluda con una ronrisa de cariño. Pasa de los sesenta, pero aún mueve con alguna facilidad los piés, que hacen sus *trenzados* con mucha monería. El porte de aquel caballero, que lleva patillas grises, es distinguidísimo. Terminado el *alarde*, el tamboril cambia de mu-

sica y toca ese *contrapás* tan sentimental, que no parece sino que el divino Mozart lo compuso. Dos jóvenes de la comitiva se destacan de sus compañeros, y con mucho comedimiento se acercan á un grupo de gente elegante é invitan á salir al redondel á una de aquellas señoritas, una joven blanca y rubia como los ángeles, la cual atraviesa la plaza con cierto pequeño rubor en el semblante, colocándose con sus dos acompañantes delante del que baila. Entonces los piés del simpático señor de las patillas adquieren mayor agilidad; hacen juegos primorosos que recuerdan los que hacían á los veinte años; el pueblo aplaude con calor, y la joven de la cabellera rubia y semblante ruboroso entra á formar parte de la lucida fila. El *atzesku* lo baila uno de aquellos mozarbetes con mucha desenvoltura y gracia, y como al señor mayor, los mismos dos jóvenes de antes le colocan á su pareja, que no es menos linda ni merece menos que la primera las miradas y la simpatía de los espectadores. Viene luego el baile del *zortziko* y por último el *desafío*, en el que viejo y joven *echan el resto*. Luego las parejas, del brazo, se dirigen á las mesas de las poncheras y refrescan con sendos vasos de agua con azucarillo. Inmediatamente se suceden otros varios *zortzikos* que baila con menos ceremonia, pero también con muy buenos modales, la gente del pueblo. Estos acaban siempre con fandango y con *ariñ-ariñ*. Crece el movimiento; aumenta por momentos el bullicio; el tamboril apenas descansa, y se levanta allí un polvillo que enronquece algo las gargantas; pero no importa. En medio del bullicio y del desorden no se oye ni una disputa, ni siquiera una expresión fea; diviértese el pueblo como quien es, pacífica y dignamente. Allí, junto al tamboril, está la autoridad representada por el señor Alcalde, quien no por serlo deja de bromearse con unos y con otros. Los caballeros y señoritas principales de la villa son objeto de todo género de atenciones por parte de la gente del pueblo, y aquellos á su vez les corresponden hablándoles muchas veces con bondad.

El tamboril está tocando ya los últimos fandangos; la animación ha llegado á su colmo; crece la polvareda que levantan los bailarines; las rosquilleras apenas tienen ya qué vender, y los *gurdi-ondos* se encuentran muy animados con tanta gente como acude á echar el último trago. Cuando ya comienza á oscurecer, el señor Alcalde manda al tamboril que se ponga en movimiento, y este obedece tocando un pasacalle. La muchedumbre se mueve también, y retozando, riendo,

satisfecha de haberse divertido tanto, toma el camino de la villa. Ya el sol no brilla; se ha ocultado hace un momento detrás de la montaña de Inchorta y va dejando tristes y oscuros los valles que antes alegró con sus rayos. Por el occidente se ven nubes hermosísimas de color de púrpura que poco á poco va palideciendo. Ya los pájaros no cantan apenas; las flores inclinan su frente á la noche que se acerca; hasta la naturaleza parece que se pone triste porque se acaba el día de San Marcial. Van sonando cada vez más lejanos y más débiles los *le-kayos* que lanza la gente campesina en las alturas; siguen oyéndose en la montaña las airosas notas del pasacalle. La alegría parece desbordarse en los corazones. Pero ¡ay!, que no todo suele ser dicha muchas veces, aunque lo parezca. Allí, entre los alegres romeros, va algo separada de sus amigas, casi sola, Maricho, la del molino de Recalde. Tiene los ojos llorosos, aunque se esfuerza por retener las lágrimas que si corrieran con libertad, inundarían como torrentes su bello rostro de diez y seis años. ¿No tiene el amor sus penas?.... Pues ahí tenéis la explicación de por qué llora Maricho! ¡Si vieraís el fondo de su alma!...

Al anochecer todo aquel gentío desemboca en una praderita que se extiende junto á la parroquia de Santa Marina, de la cual hemos visto salir por la mañana aquella procesión de rogativa. Ya el crepúsculo se acentúa y brilla con encendidos reflejos en los luceros del pueblo y en los ventanales de la iglesia. Se baila allí entre los árboles el último fandango con el *ariñ-ariñ* final, y cuando la animación y la locura han llegado á su colmo, suenan pausadamente las campanas del Ángelus, y todo queda en silencio mientras la multitud reza.

En aquel momento me desperté. Miré á todas partes creyendo recordar que poco antes había sentido en aquel lugar el sonido de una campanita. Efectivamente, allí estaba en su espadaña sobre el tejado de la ermita. La distinguía dirigiendo con cuidado la vista por entre las hojas. Todo había sido un sueño, un sueño hermosísimo del que no me olvidaré en la vida. Aún veía yo con la imaginación aquellos animados bailes, aquellos típicos trajes, los *chimista-kontrakoas*, ya desaparecidos, aquel bullir de las gentes, la unión aquella tan enviable de altos con bajos. Pero todo fué un sueño, desgraciadamente.

Me levanté absorto en estos pensamientos, y maquinalmente avancé hasta la ermita. Entré en su pórtico, donde resonaron con cierto ruido extraño mis pasos sobre el pavimento, y puesto de rodillas jun-

to á la puerta, mirando al sencillo altar, recé con un fervor que pocas veces había sentido por vivos y difuntos, recé por Euskeria. Luego seguí mi paseo; pero aquella tarde no me detuve en Idurio, ni canté algremente como otras veces que por aquellos parajes discurría.

Cuando por la noche dábamos fin á la cena, durante la cual no había yo hablado apenas, me decía Franchiška Iñasi con un acento que revelaba el cariño y el interés más grande: *Ugasaba jauna, tristecho dago gaur* (señor amo, hoy está usted algo triste)....

VICENTE DE MONZÓN Y LARDIZÁBAL.

LA PATRIA

— — — (SONETO) — — —

La patria es nuestro hogar, nuestros amores,
nacimos bajo el manto de su cielo,
y tumba nos ofrece en ese suelo
que Abril fecundo salpicó de flores.

La brisa dulce nos legó rumores
que arrullos fueron de infantil anhelo
y allí una madre nos prestó consuelo
en horas de ansiedad y de temores.

Siempre su imagen nos será querida,
que en ingrato y malvado se convierte
quien á su patria desdeñoso olvida.

Ella nos protegió con brazo fuerte
y pues es madre que nos dió la vida
justo es por ella recibir la muerte.

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR.



Gurutze Santu Lezoko-ari

J. ARTOLA - REN BERSUAK.

I. F. ELEIZGARAY - EN MUSICA.

Marzial.

5

Gua.zenguzti.yok gua.zen Kris.to Le.zo.ko . ra guazenguazen
 Gua.zenguzti.yok gua.zen Kris.to Le.zo ko . ra be . re au.re.an po . zez
 be , lau . ni . ka.tze . ra be . re au.re.an po . zez be , lau . ni . ka.tze .
 ra guazen gua.zen guazen gua.zen guz.ti.yok guz.tiyokgua . zen
 Gu.a.zen guz.ti.yok gua.zen gua.zen Kris.to Le . . zo . ko . ra be . re au.
 rre.an be . re au.re.an po . zez be , lau . ni . ka . tze . ra gua.zen Gu.a.zen guz.ti.yok
 gua.zen gua.zen Kris.to Le . . zo . ko . ra be . re au.re.an be . re au.
 rre.an be . re au.re.an po . zez be , lau . ni . ka . tze . ra gua.zen gua.
 zen Kris.to Le . zo . ko . ra gua.zen gua . zen Kris.to Le . zo . ko .
 ra gua.zen gua.zenguzti.yokgua . zen gua.zen po . zez be . re au.re.an po . zez be .

lan ni ka tze ra Guazenguztiok guazenguztiokguztiokgua zen

1^a ESTROFA.

Gu ru tze san tu Le zo ko a da an tzi na.
 atik mi pa ri ya be ar tsu a ri laguntzen da ki fe dez ba.
 du es ka ri ya Be re o ne tan a lai tu tzen da as ko tan
 pe ka ta ri ya arran tza le ta ne ka za.
 ri yen mai su e ta gi da ri ya. 1^a 2^a D. C. al %.

2^a ESTROFA.

Es tu a sun de ne tan da zu re zu re
 be a rra zu ri e gi ten zai zu po zez po.
 zez de a da rra zuk da ki zu chu ka tzen
 ba rren ba rren go ne ga rra ta bi yo tze ra
 sor tzen se dez ko in dar in da rra. D. C. al %.

EL SANTO CRISTO DE LEZO

I

El Santuario de Lezo ha visto en su recinto á millares de peregrinos que guiados por la fé y el entusiasmo que les inspira la sagrada imagen que en aquella celebrada Basílica desde antiquísimos tiempos se venera con culto nunca interrumpido ni enfriado, se postran á sus plantas, y luego sencillos y piadosos besan aquellos benditísimos piés.

Dos veces, en corto espacio de tiempo, he tenido el inefable consuelo de sellar con ósculo de amor religioso aquellos piés sagrados, y espero tener ocasión de hacerlo nuevamente en plazo no lejano, rindiendo de este modo un pequeño tributo de cariño y respeto á aquella adorable imagen, como católico, como bascongado y como guipuzcoano.

En mis largas peregrinaciones á través de la historia patria y especialmente de la bascongada, siempre fué para mí del mayor agrado, contemplar con los ojos de la fé y del entusiasmo primero y con los de la historia más tarde, esos monumentos que la piedad, alentada por los estímulos de milagrosos sucesos y apariciones, ha levantado en diferentes épocas y lugares, llenos unos como el de Iciar y Lezo, de poesía y encanto; de sublimidad epopéica otros, como el de Aránzazu; y de belleza artística algunos, como el de Loyola. Hay en todos ellos, algo de sublime y sobrenatural que lleva la alegría al corazón del creyente, inundándolo de gozo purísimo y espiritual, que hace que el alma sacie sus ímpetus y deseos de amor, de esperanza y gratitud. Pero satisfechos y templados estos anhelos, queda todavía algo que viene á turbar aquella paz y sosiego en que parece descansar todo nuestro ser. La razón fría y serena busca los motivos de aquél culto y adoración, y pide su concurso á la historia y á la tradición, para afirmarse de su verdad.

Esto último es lo que pretendo hacer en el corto espacio que me permiten las presentes líneas, si bien advirtiendo que no entra en mi

áñimo hacer ahora una acabada y completa historia del santuario de Lezo, que con el favor de Dios pienso hacerla más adelante, contentándome con ofrecer algún detalle superficial y de escaso mérito, ya que quisiera aprovechar el precioso momento en que la provincia de Guipúzcoa, secundando el llamamiento que á sus hermanos y cofrades de la tercera orden han hecho los humildes hijos de San Francisco, ha acudido á este santuario.

Está situado el santuario del Santísimo Cristo de Lezo en la plaza del pueblo de este nombre. La fábrica primitiva del edificio data del siglo XVI. Ya en este tiempo era mucha la gente que venía á hacer novenas y devociones, lo que hizo que andando el tiempo y siendo Beneficiado del mismo, el célebre historiador doctor Lope de Isasti se ampliara, rematándola más tarde con una torre, bordada de ricas labores.

Rodea al santuario una verja de hierro y es su interior de una sola nave, acaso de pequeña capacidad para dar cabida á la gente devota que en días señalados acude en gran concurrencia. Hay tres altares y en el mayor la milagrosa efigie del Santo Cristo.

Acerca de su origen, vamos á trasladar la opinión más autorizada y que corre de boca en boca.

Corría el siglo XVI. Reinaba en Inglaterra en los días á que esta leyenda se refiere, el escandaloso rey Enrique VIII. Dominado el monarca por impúdicas mujeres, declaró guerra sin cuartel á la Iglesia Católica que le avisaba de sus extravíos. No hizo caso el emperador de aquellas saludables advertencias y montado en cólera, oprimía al catolicismo, en tanto que apoyaba á la reforma. Consecuencia de esto fueron las leyes que dió proscriptiendo el culto de las imágenes.

A esta época, hace subir la tradición piadosa la aparición del Santo Cristo. He aquí ahora cómo sucedió.

Ocupábanse dos hermanas, á orillas del mar, en la labor de recoger algas y mariscos. De pronto, suspensas quedaron las dos, al ver una caja, cuyo contenido desconocían lo que pudiera ser. Dieron cuenta del hallazgo á la gente del pueblo y luego una multitud inmensa acudió al lugar del suceso, ávida de ver con sus propios ojos lo que había dentro de ella.

Abrieron la caja con la prisa que es de suponer, y ¡cuál no sería la sorpresa de aquella gente al ver que dentro de ella venía una hermosa imagen del Santo Cristo! A la vista del caso, suscitóse una ágria disputa sobre la propiedad y posesión del Cristo, alegando los de Pasajes

que á ellos les pertenecía por haber sido hallado en terreno de aquel pueblo, y así mismo los de Lezo les disputaban su posesión, diciendo que lo fué en parte suya.

No atendieron los de Pasajes las razones de los vecinos de Lezo, y una noche cuando más descuidados se hallaban éstos, varios hombres, al parecer brioso y nada meticulosos, cargaron con la imagen y amparados de la oscuridad de la noche, la llevaron á Pasajes. Hay quien dice que tan pesada se les hizo la carga, que varias veces hubieron de renunciar al intento de llevarlo á Pasajes, pero este punto no está del todo averiguado. Mas para nada les sirvió esta treta. La efígie apareció la mañana siguiente en el lugar donde había sido hallada por las dos hermanas.

Atribuyeron los de Pasajes este cambio á las mañas y manejos de los de Lezo y firmes en su propósito de llevarlo á su pueblo, volvieron hasta dos veces más á trasladarlo. Mas en vano; las tres veces la imagen volvió al lugar primero, dando á entender por aquellos repetidos milagros que quería que fuese venerada en el lugar de Lezo, en el sitio donde hoy está emplazado el Santuario.

II

Hemos dicho lo que la tradición, con muy pequeñas variantes, refiere acerca del origen de la efígie del Santo Cristo. Pero, á fin de no pecar de sencillos y demasiado crédulos, hemos procurado buscar alguna razón de analogía y correspondencia entre lo que aquella cuenta y la historia escribe, y grato nos es consignar que no desautoriza la una los testimonios de la otra, antes los aprueba.

Preguntadas varias personas sobre la antigüedad que representa la obra de la imagen del Santo Cristo, nos han asegurado que es trabajo del siglo XVI. Supuesto esto ¿sería aventurado creer que dicha imagen fué una de tantas que la piedad de los fieles ingleses salvó de las iras del inicuo rey Enrique VIII que tanta guerra hizo al culto de las imágenes, y que depositada en una caja, fuera puesta en el mar, para que después milagrosamente se manifestara en las playas del Cantábrico?

A nosotros, que gracias á Dios, creemos en la intervención de la Divina Providencia en los sucesos y destinos humanos, nos parece esta explicación muy fundada y racional.

También pudiera dársele al hecho otra interpretación. Pudo ser

arrojado el Santo Cristo, á las aguas, por los mismos enemigos del culto de las imágenes, que saciaron de este modo su sed de venganza y de odio á todo lo que al culto católico se refería.

De todos modos, lo que aquí se discute es, el origen milagroso del Santo Cristo que en la basílica de Lezo se venera, y sean cualesquiera las explicaciones que se dén, aquél punto aparece probado con perfecta certeza y claridad.

Tienen los bascongados muchísima devoción al Santísimo Cristo de Lezo. Todos los días del año, véntense acercar al Santuario centenares de personas que como obsequio á la imagen, encienden una vela de cera ante ella. Sobre todo los marineros de la costa cantábrica sienten una predilección especial por el Santo Cristo y no es raro ver á algunos caminar con los piés descalzos, cumpliendo una promesa hecha en momento de angustia.

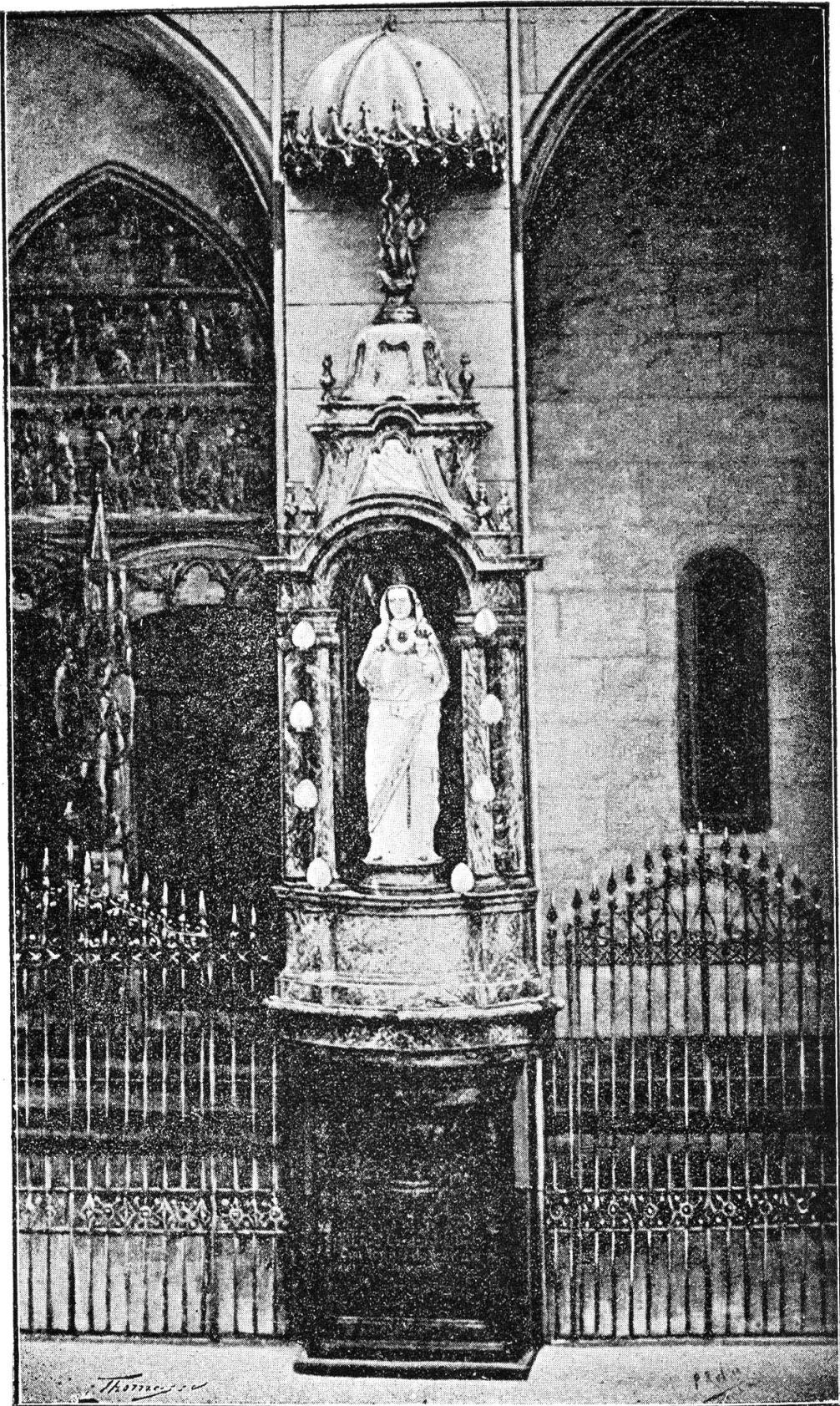
Como dato que pone al descubierto la devoción que en todo tiempo se ha tenido á dicha efigie, baste consignar que en el siglo pasado, sin ir más lejos, saludábanla los navíos de la armada, al pasar por su altura, con 21 cañonazos.

Aunque en el día no se guarda tan plausible costumbre, no por eso hemos de decir que la devoción se haya enfriado. Habrá podido entibiarse en las esferas oficiales, pero en el corazón del creyente, arde hoy la llama del amor con más fuerza, si cabe, que en otros tiempos.

Guipúzcoa ha visitado este santuario el domingo 14 del corriente. Y digo Guipúzcoa, porque rayó el entusiasmo tan alto, que se contaron por millares los peregrinos que se arrodillaron ante el milagroso Santo Cristo.

Allá les recibió el pueblo con cariño de hermano y allí les esperaba el Santísimo Cristo con el corazón abierto á todas las esperanzas.

IGNACIO BELAUSTEGUI, *Pbro.*



LA VÍRGEN BLANCA

Imagen del pórtico del templo

LA "VIRGEN BLANCA"

Con el tierno y poético nombre de *La Virgen Blanca* denominan los vitorianos á su excelsa patrona Nuestra Señora de las Nieves, cuya festividad tiene lugar el 5 del mes de Agosto.

La advocación de Nuestra Señora de las Nieves proviene de un suceso milagroso y por tanto extraordinario que tuvo lugar hacia la mitad del siglo IV, en el pontificado del papa Liberio y siendo emperador Constancio.

Juan, noble patricio romano, aristócrata de carta y raya, como diríamos hoy, quiso dar prueba elocuente de su devoción á la santísima Virgen, y como no tenía hijos y de acuerdo con su mujer, resolvió dejar por heredera á la Madre de Dios. Esta oyó los ruegos de los piadosos esposos y en la noche del día 5 citado se apareció en sueños á los dos separadamente, declarándoles que su voluntad era que empleasen sus bienes en edificar una iglesia en el monte Esquilino, en Roma, en cuya cima hallarían no sólo demarcado el sitio sino trazado el plano del templo por una porción de nieve milagrosa, á pesar de ser la fuerza del estío y el mayor rigor de los calores.

El pontífice, con quien consultaron el caso los esposos, mandó reunir el clero y acompañados del patricio Juan, de su mujer y de todo el pueblo subieron procesionalmente á la cima del monte, viendo comprobado lo predicho por la Virgen.

Asombró á todos el prodigo, delineóse enseguida la iglesia, sin levantar mano se emprendió la construcción arreglada al mismo plano que manifestaba la milagrosa nieve y en breve tiempo quedó terminada á expensas del piadoso, noble, y senador romano.

Se extendió por todo el mundo rápidamente la devoción á la Virgen bajo la advocación de Nuestra Señora de las Nieves, y en Alemania, Francia, Países bajos, Italia, Inglaterra, Polonia, Dinamarca y Suecia se registran suntuosos y frecuentes monumentos con ese título, no escaseando en España.

En Vitoria se rinde culto á Nuestra Señora de las Nieves, ó la *Virgen Blanca*, como la llaman reverente y cariñosamente los vitorianos sus patrocinados, en una artística capilla del templo de San Miguel Arcángel, antigua iglesia juradera y parroquia en la actualidad. Este templo es del siglo XIV, levantado sobre una modesta iglesia románica. Y esta capilla, recientemente restaurada, como todo el templo, tiene en su altar una bella imagen de la *Virgen Blanca*,¹ tallada en madera por el notable escultor alabés don Inocencio Valdivielso, último de los célebres *Santeros de Payueta*, como dice el erudito escritor vitoriano don Eulogio Serdán, catedrático y viçerector del Instituto de Cuenca. Los ángeles del ático que corona el altar son del mismo artista y las dos imágenes de San Joaquín y Santa Ana, situadas en los laterales del mismo altar pero fuera de él, son también suyas. Entre la cornisa y la bóveda de la capilla hay cuatro lienzos pintados sobre motivos del milagro de la Virgen, ya mencionado, debidos al pincel del profesor de dibujo de esta Escuela de Artes y Oficios de Vitoria don Pedro Robles y copiados de unos cuadros de Murillo, que están ahora en el museo de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, de Madrid, y se pintaron por el insigne artista sevillano para decorar la iglesia de Nuestra Señora de las Nieves de Sevilla, cuyos lienzos fueron llevados á Francia por el Mariscal Soult, habiendo sido recuperados el año 1814.

En el machón central y parte exterior del pórtico de esta iglesia de San Miguel Arcángel hay otra colosal escultura, en piedra de molino, de la *Virgen Blanca*, situada en una enorme hornacina de piedra de marmol negro de vetas, de mediano valor artístico, y pintada recientemente, cuyo fotograbado acompaña á estas líneas, al pie de cuya imagen se ve esta leyenda, en esta misma forma que copio, esculpida en el marmol con letras doradas:

(1) Esta imagen es del Renacimiento y de mediano mérito artístico presentando en la parte superior de la escultura reminiscencias góticas en su factura.

A DEVOCION
DE COFRADES Y
OTROS DEVOTOS
ME HIZO

FRANCISCO
DE ECHÁNOVE
AÑO
DE 1761

El Emo. Sr. Cardenal de Trees concedió 100 días de indulgencias rezando delante de esta Santa Imágen de la Blanca una salve con su oración, en 28 de Octubre de 1703.

Y el Iltmo. Sr. D. Onessimo de Salamanca Arzobispo de Burgos, otros ochenta días rezando la Salve. Año de 1760.

Se trasladó de la espalda de la Sacristía á este pilar á devoción de la Cofradía y devotos de esta Ciudad. Por el maestro Nicolás de Arámburu en 13 de Abril del año de 1788.

Anualmente, y durante una de las noches de las fiestas con que en los primeros días de Agosto se celebra á la celestial patrona de Vitoria, recorre las calles principales de la población un sumuoso rosario, llevando innumerables, artísticos y costosos faroles y una hermosa imagen de la *Virgen Blanca*, hecha por el escultor catalán, de Barcelona, don Juan Font y costeada por una generosa vitoriana, cuyo nombre no estoy autorizado á publicar. La imagen va rodeada por cuatro ángeles, también del autor catalán nombrado, colocada sobre unas altas andas é iluminado el conjunto por luz eléctrica, diestramente preparada. Este rosario es el único en su clase que se celebra en España, fuera del de el Pilar, en Zaragoza, del cual está imitado.

Muchas cuartillas podían llenarse con lo mucho y bueno que de la *Virgen Blanca* de Vitoria puede escribirse, así bajo el punto de vista religioso, como en el concepto histórico y artísticamente considerada, pero esto sería un trabajo demasiado extenso y más propio para un libro⁽¹⁾ que para una revista. Consten, por tanto, solo estos apuntes hechos á vuelta pluma y el magnífico fotografiado adjunto para dar una idea de la especial y ardiente devoción que se profesa en Vitoria á su inclita patrona la *Virgen Blanca*.

JOSÉ COLÁ Y GOITI.

— (1) Que publicaré pronto.

Noticias bibliográficas y literarias

Ama Euskeriaren liburu kantaria. Tal es el título del tomo de poesías colecciónadas de nuestro querido amigo y colaborador D. Felipe Arrese y Beitia, y que por suscripción entre bascongados, iniciada por el apreciable colega bizcaino *Euskalduna*, acaba de ver la luz elegantemente impreso en el establecimiento de D. José de Astuy (Bilbao), formando un volumen de 496 páginas en 4.^º, con más un prólogo de XXXII, estudio admirable, escrito por el ilustre euskarólogo D. Arturo Campión.

La primera parte del libro, que consta de seis, se denomina «*Kantu Errikoik*» (Cantos patrióticos) y contiene veinte composiciones á cuyo frente figura la patriótica elegía titulada «*Ama Euskeriari azken agurrrak*», con la que Arrese se dió ventajosamente á conocer en las fiestas euskaras celebradas en Elizondo el año de 1879.

La segunda parte, intitulada «*Gozotasunezko kantuak*» (Cantos en celebración de alguna cosa) se dedica á loar los méritos y virtudes de personajes eminentes, y á contar ciertas impresiones y sucesos.

La parte tercera, muy de notar por la sátira que en ellas se encubre, la constituyen 54 fábulas, de entre las cuales descueilla una, «*Botozko feriya*», en la que el autor manifiesta francamente sus opiniones.

La cuarta, rotulada «*Irakurgeiak*» (Miscelánea), se refiere, como el nombre indica, á asuntos de diverso género, y la quinta á traducciones de poetas castellanos.

En la última parte figuran tres patrióticas composiciones, en las que el autor se nos muestra, como dice Campión, Católico y Bascongado, sin mezcla ni limitación alguna.

He aquí el libro, de cuyas tendencias rectas y bien definidas no hemos de hacer el merecido encomio; lánlo todos los bascongados

amantes de Dios y fieles á las enseñanzas de su Patria, porque, ya lo dice el prologuista: «Arrese es un gran poeta, pero un poeta euskaro, y, á mi modo de ver, en la expresión del sentimiento de la patria, el más acentuadamente euskaro de todos. Tomad cualquiera de sus grandes poesías y contemplareis el reflejo moral y físico de la patria bascongada».

Después de esto ¿qué hemos de decir por nuestra cuenta? Fecha venturosa esta de la publicación de las poesías de Arrese; anotémosla en el registro de los grandes sucesos como punto de partida de una era de bienandanzas y prosperidades, como feliz presagio de la victoria conseguida por medio de las letras.

* * *

Amorioa eta interesa. Su autor, D. Elías Gorostidi, es un verdadero enamorado del bascuence, á cuyo cultivo se dedica con asiduidad y constancia ejemplares, que le hacen merecedor del elogio más sincero.

En el certamen literario celebrado con motivo de las Fiestas euskaras de Zumaya, su indicado trabajo ha obtenido el premio ofrecido á la mejor obra dramática.

Dada, pues, su clase y esperando verla puesta en escena en la tradicional función euskara del próximo día de Santo Tomás, aplazamos por hoy nuestro humilde juicio, enviando al laborioso bascófilo las más expresivas gracias por el ejemplar que se ha servido dedicarnos.



MONOGRAFÍA DE ASTEASU
por el Inspector de archivos municipales de Guipúzcoa
D. SERAPIO MÚGICA

ALCALDÍA MAYOR DE AIZTONDO

(CONTINUACIÓN)

Altar colateral de San Pablo

AÑO 1779

Pagados á Juan Bautista Zaldua, vecino de Amasa, por la ejecución del zócalo de piedra jaspe negra de las canteras de Amasa.	Rs. vn.	704
A Ignacio Antonio Alberdi, José Antonio Zincunegui y José Soroa, maestros tallistas y ensambladores por lo trabajado en la construcción del retablo	»	8.147
Al mismo Alberdi, por los últimos trabajos.	»	198
Al herrero Pedro Usabiaga y otros, por jornales	»	132
Pagados á Alejo Miranda estatuario, por la estatua de San Juan Bautista.	»	640
Id. á Juan Bautista Mendizabal estatuario vecino de Eibar, por jornales y alimento de 24 días ocupados en concluir los mancebos	»	348
Total.	Rs. vn.	10.169

San Pablo y Rosario.—Terminadas las obras del altar mayor el señor Obispo concedió el 4 de Diciembre de 1872, permiso para el dorado y pintura de los dos colaterales dichos, que fueron ejecutados por el mismo Ason en 16.000 reales, contribuyendo los vecinos con limosnas que importaron Rs. 12.419,30

Púlpito.—El magnífico púlpito de jaspe lustreado, con su columna de una sola pieza y de la misma clase de piedra, fué labrado y coloca-

do en su sitio por Pedro Ignacio Lasa y Domingo Izaguirre, cante-	
ros, vecinos de Azcoitia el año 1779 y costó	Rs. vn. 2.490 »
Gastos de conducción desde Azcoitia	» 180 »
Pagados por el coste del guarda-voz á Ignacio Anto-	
nio Alberdi y José Antonio Zincunegui, maes-	
tros tallistas	» 1.442,17
Total.	Rs. vn. 4.112,17
<i>Sillería del Coro.</i> —Por el diseño y ejecución de dicha sillería se pa-	
garon á Juan Elías Insaurandiaga en 1793.	7.740
<i>Archivo nuevo.</i> —A José Euseña por lo trabajado en el nuevo archi-	
vo en 1796.	2.642
<i>Campanas.</i> —Págados á Bernardo Mendoza por una campana nueva	
en 1797.	1.865,17
Por otra íd. en 1800 por el mismo y Andrés de la Cuesta	8.045,09
<i>Órgano.</i> —Su renovación por Fray Florentino Grimon de nación Sui-	
za, de 1796 á 1800, costó	22.060
Embetunamiento de las juntas de las paredes de la Iglesia y algunas	
otras obrillas en el interior de la misma por Cristóbal y Carlos	
Franconi en 1801	6.000
Jornales de peones	270
Conducción de teja, mena y sarro para hacer el betún.	198
Total.	Rs. 6.468
<i>Canal de la puerta principal á la Iglesia</i> por José Ignacio	
Vicuña	5.141,17
Materiales y jornales	1.045,17
Total.	6.187 »
Todas las obras precedentes, excepto la del dorado del altar mayor	
y los dos colaterales, se hicieron durante la Rectoría de Don Pedro	
de Recondo.	
En 1807 se pagaron al arquitecto D. Manuel José de La-	
rondonbuno, para obras de la casa Rectoral y del Pres-	
biterio	33.575 »
Importe de los 4 jarrones ó lámparas de jaspe, según tasa-	
ción de D. Ignacio María de Inchauraurdiaga, en 1815.	6.000 »
Diseño para los pescantes, al mismo	80 »
Importe de los dos primeros pescantes en que se colocaron	
los jarrones del altar mayor, y 68 reales por dietas del	

oficial que con los dos pescantes vino de Eibar, donde se trabajaron	3.068 »
Importe de los otros dos pescantes de los colaterales y diez del operario que vino también de Eibar	1.790 »
Por dorar los 4 jarrones y flores de los pescantes á Juan Bautista Bengoechea y por otros gastos de colocación	40 »
Estos trabajos se hicieron siendo Rector el conocido catequista y bascófilo D. Juan Bautista de Aguirre.	
En 1828 se pagaron á D. Pedro Albisu, maestro organero, por la reparación del órgano	3.585,17
Importe de las obras ejecutadas en la casa Rectoral en 1830.	25.161 »
En 1844 nueva composición del órgano	2.480 »
Importe de las obras ejecutadas en el átrio de la Iglesia y á su alrededor, en 1853.	9.783 »
Id. en la Ermita de Santa Marina en 1.854	2.634 »
Estas obras se hicieron, siendo Rector D. José Manuel de Usabiaga.	
Obras ejecutadas en la reparación de las escaleras bajeras para subir á la torre en 1858, porque amenazaban ruina.	2.051,26
Reparación del órgano por D. Francisco de Izaguirre en 1861	6.640 »
Por la parte conque contribuyó la fábrica para el impuesto del nuevo reloj colocado en la torre en 1862 y por la cuarta parte de gastos del relojero en su colocación	2.080 »
Coste de las alambreras y pinturas de todas las ventanas de la Iglesia y de dos catafalcos para Sacerdotes y seglares en 1865	1.849 »

OBRAS DE LA TORRE

La torre de la Iglesia fué destruida por un rayo hace muchos años. El presupuesto para su reedificación era de 5.798 ptas. y 36 cénts. Concedida por el señor Obispo la oportuna licencia el 30 de Mayo de 1896, se ejecutaron las obras con arreglo al proyecto del arquitecto D. Alejandro de Múgica, hijo de Tolosa, que importaron Pesetas 7.814,94, sin incluir el coste de la piedra empleada en la obra, que se trajo de la cantera de *Opin-Aitza*; el maderamen para la aguja fué igualmente cedido por los vecinos, y la conducción de los materiales, hecha también por los mismos. El Ayuntamiento y vecinos, contribuyeron además en metálico con pesetas 8.366,75.

La corporación municipal costeó además un nuevo reloj.

Se reformaron también las campanas por el conocido campanero Echebaster de Vitoria y costaron pesetas 3.525,75.

La grande, fija, se calcula que pesa 200 arrobas

La siguiente, de vuelta, refundida. : . . 114 id

Otras dos de vuelta, una de ellas nueva . . . 27 id. cada una

CEMENTERIO

Presupuesto del coste del nuevo Cementerio formado en 1856 por el arquitecto don Vicente de Unanue, con inclusión del valor del terreno.

Se pagaron á medias entre la Villa y la Fábrica 7.600

Obras adicionales ejecutadas en el nuevo Campo-Santo para levantar la capilla en 1862.

ALCABALAS

El impuesto de la Alcabala, era el tanto por ciento del precio de la cosa vendida, que pagaba el vendedor al fisco.

En el título XVIII de los Fueros, está el encabezamiento perpétuo de la Alcabala, única contribución que se pagaba en esta provincia al estado. Por privilegio de la Reina doña Juana de 4 de Diciembre de 1509, confirmado por el Rey don Felipe II el 24 de Agosto de 1564 y 4 de Marzo de 1761, se hallan perpétuamente encabezadas las Alcabalas de las villas y lugares de la Provincia en la cantidad que explican los 4 capítulos primeros del título XVIII ya mencionado.

En ellos aparece Asteasu y su jurisdicción, encabezado con 18.455 y $\frac{1}{2}$ mrs.

Haremos historia de la forma en que adquirieron el derecho de cobrar las Alcabalas en Asteasu, aquellos que disfrutaron de esta renta.

1.^a El 12 de Agosto de 1460, hizo merced el Rey don Enrique á doña María Fajardo de Cardona, mujer de don Juan de Cardona, de 10.000 mrs. de juro de heredad, sobre las Alcabalas de la ciudad de Murcia, á saber: 5.000 en la Alcabala de la Aduana mayor, y 5.000 en las Alcabalas de la Trapería. Doña María vendió dicha renta á doña Inés Manrique, mujer de don Juan Chacón, Adelantado de Murcia, traspa-

so que mereció la aprobación Real, por privilegio de 27 de Mayo de 1494. Vendió doña Inés dicha renta á Ojer de Velastegui, vecino de Tolosa y habitante en Palencia, por precio de 30.000 mrs. el millar, ó sea por 300.000 mrs. Esta enajenación fué aprobada por privilegio de 13 de Marzo de 1511.

La expresada cantidad fué mudada de las rentas de Murcia á las de Guipúzcoa á petición del citado Ojer, por dos Reales cédulas de 21 de Diciembre de 1509 y 26 de Enero de 1510, poniéndola en la siguiente forma: en las Alcabalas de Asteasu 5.000 mrs. y en las del partido de Sayaz, que eran Rexil, Beizama, Vidania y Goyaz, otros 5.000. Ojer vendió dicha renta al bachiller don Miguel Pérez de Erbeta, vecino de San Sebastián, por el mismo precio en que compró, de 30.000 mrs. el millar, por escritura fechada en Palencia á 15 de Agosto de 1528 y fué aprobada la venta por privilegio de 28 de Septiembre del mismo año. Doña Gracia de Olazabal, en concepto de hija y heredera de don Miguel Pérez de Erbeta, pidió la confirmación de la citada venta en su nombre, á lo que se accedió por privilegio de 15 de Junio de 1566.

2.^a Por privilegio de 1.^o de Enero de 1498 á don Juan de Acuña, conde de Buendia, se concedieron por juro de heredad 50.000 mrs. situados en las Alcabalas de ciertos lugares de la merindad de Cerrato. Acuña los vendió á don Juan de Figueroa, y se aprobó esta venta por privilegio de 8 de Julio de 1502. Figueroa á su vez, vendió á Ojer de Velastegui, 20.000 mrs. de los 50.000 dichos y se sancionó la venta por privilegio de 4 de Junio de 1504. Los referidos 20.000 mrs. fueron mudados por Ojer á esta Provincia en virtud de R. C. de 3 de Septiembre de 1503 y situados en la forma siguiente: sobre las Alcabalas y Alcabalazgo de Asteasu 13.000 mrs.; sobre las de Amasa 2.500; sobre las de Albistur, Zizurquil, Hernialde, Anoeta é Irura 2.000 mrs., y sobre las de Villabona 2.500. Ojer dió en dote á su hija Inés los mencionados mrs. al tiempo de su casamiento con Miguel Ochoa de Olazabal, hijo del Bachiller Miguel Pérez de Erbeta y María Gómez de Olazabal, traspaso que fué aprobado por privilegio de 28 de Septiembre de 1528. Inés los vendió al Comendador don Alonso de Idiaquez y doña Gracia de Olazabal, su mujer, por 16.000 mrs. el millar; ó sea por 320.000 mrs. en 27 de Febrero de 1540, siendo confirmada la venta por privilegio de 11 de Marzo del mismo año.

(Se continuará)

APUNTES NECROLÓGICOS



EL P. FR. EUSTOQUIO DE URIARTE

Este hijo esclarecido de Durango (Bizcaya), Religioso Agustino, entregó su alma á Dios, en Motrico, el 17 de Septiembre último, á los treinta y siete años de edad, víctima de una dolencia fulminante.

Fué religioso ejemplar, y brilló en la Orden por su talento extraordinario. Explicó las asignaturas de Historia, Retórica, Francés y Filosofía en las renombradas aulas de El Escorial, Guernica y Palma de Mallorca.

Fué escritor elegante y fluido, una de las plumas mejor cortadas de España. Sus discursos y artículos, insertos en diferentes revistas, periódicos y folletos, le dieron justa celebridad en la república de las letras.

Alma de artista, llegó á ser astro de primera magnitud en la música, especialmente religiosa, siendo el primer y principal reformador en España del canto Gregoriano. Escribió un método de ese canto reformado, del que se van haciendo varias ediciones, mereciéndole esa obra un legítimo renombre en todos los países civilizados. Para imponerse en tan difícil arte viajó por el extranjero, y visitó el monasterio de los Benedictinos de Solesmes, donde mejor se canta y se interpreta la música Gregoriana.

Era tal la reputación del P. Uriarte como crítico musical, que para él estaban abiertas las puertas de los teatros de ópera seria y de los salones de conciertos clásicos, llamando la atención, simpáticamente, en estos centros artísticos por su severo traje de religioso y por su modestia y compostura edificantes.

Al par que sabio, fué el P. Uriarte humilde y de trato social afa-

ble y expansivo. Se dejaba querer, porque sin esfuerzo alguno se hacía el pequeño entre sus amigos y compañeros.

Cuando más robusto se encontraba, un tifus maligno le acometió en Saturrarán, donde servía de Capellán, por una corta temporada, en el establecimiento principal balneario de aquella playa, y fué á morir á Motrico, á la casa de mi madre política, quien con su amistad se honraba desde hacía bastantes años.

Multitud de fieles asistieron á su entierro en Motrico, y al funeral solemne celebrado en el colegio de segunda enseñanza de los Padres Agustinos de esta villa de Guernica.

El finado fué carlista entusiasta de abolengo y convencido.

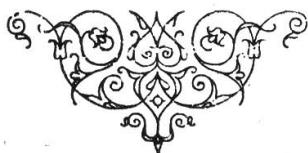
Ruego, en caridad, á los lectores de este artículo necrológico eleven á Dios oraciones fervorosas por el descanso eterno del buen Padre Uriarte.

Y tú, amigo del alma, si, como piadosamente creo, te hallas gozando de la visión Beatífica, no te olvides de tus amigos, que sabes bien te querían; y te prometo mis, por desgracia, tibias oraciones por si te hallas en el Purgatorio purificándote de leves defectos, propios de la fragilidad humana.

R. I. P.

ROMÁN DE ZUBIAGA.

Guernica, 1900.





SOCIEDAD ECONÓMICA BASCONGADA

— — — — —

La Exposición de Fotografía, Cerámica y Miniaturas¹

1900

(A D. PEDRO M. DE SORALUCE, PERITÍSIMO ARQUEÓLOGO)

Miniaturas

La Sociedad Económica Bascongada de Amigos del País, poco há reconstituida en San Sebastián después de un largo lapso de tiempo, está dando pruebas del empeño é interés con que mira todo aquello que tiende al progreso del arte en sus diversas manifestaciones. El año pasado abrió una Exposición de Historia y de Arte Retrospectivo, notabilísima bajo todos conceptos; en el actual, no ha querido ser menos y en el Palacio de Bellas Artes hállose expuesta una notable colección de fotografías, cerámica y miniaturas. En esto no hace la Sociedad Económica otra cosa que seguir su tradición.

La tertulia de Azcoitia, de donde tuvieron su origen las demás

(1) Después de escrito este artículo, hemos leido la decisión del Jurado. Creemos que, á fuer de imparciales, no debemos modificar nuestro criterio en un punto.

Sociedades de esta índole en España, tuvo siempre por norte y guía el desarrollo y florecimiento de las ciencias y artes. Ciento que, alguna vez, variando de rumbo y olvidando los fines de su institución, se dejó inficionar de las ideas del enciclopedismo, entonces tan en boga, y aun se dió á propagarlas, pero en ésta, como en otras materias, no debemos cerrarnos á la banda y ser de criterio tan estrecho, que nada de bueno y provechoso hayamos de ver en ellas. Hago aquí esta observación con el objeto de destruir las afirmaciones de aquellos que, guiados por el espíritu de partido y de una sistemática oposición, tiran á degüello cuando se controveerte este punto.

Desde mi primera visita á la Exposición hubo de llamar mi atención la sección de miniaturas. Más tarde he llegado á conocer que otras muchas personas abundan en el mismo parecer. No quiere decir esto, que las demás instalaciones carezcan de interés é importancia; lo que ocurre es, que ante la admirable colección de miniaturas, todo lo demás parece pequeño. Al lado de las soberbias pirámides de Egipto, el monumento arquitectónico de más esbeltez y mayores proporciones resulta insignificante; pero una vez que se le aisle y se le contemple en este aislamiento, entonces es cuando nuestra inteligencia forma cabal idea de su grandiosidad.

Admira desde luego, en esta Exposición, el prodigioso número de miniaturas que se han presentado, y que dada la prisa y premura con que se han hecho los trabajos preliminares, habla muy alto en favor de sus organizadores. *Índice* en mano (y que dicho sea de paso, su autor Sr. Soraluce ha sido demasiado modesto en llamarle así, cuando aún el de *Catálogo razonado* le vendría estrecho), nos dirigimos á examinar las diversas instalaciones, empezando por la tantas veces repetida de miniaturas. Pero antes hagamos un poco de historia, que creo no ha de sentar tan mal en este lugar.

Esta clase de trabajos al *minio* tan en boga en otros tiempos, como que fué el procedimiento más común empleado por los iluminadores de la Edad Media, para trazar en los manuscritos los encabezamientos de los capítulos, después, á medida que el progreso y adelantamiento trajo el descubrimiento de la imprenta en el siglo XVI, perdió mucho en importancia, ante la imposibilidad de iluminar tantísimo documento, como desde esta fecha memorable, aparecía. Concretándonos más á nuestro objeto, esto es, á lo que propiamente se llama *miniaturas*, que es la pintura sobre marfil, vitela ú otra cualquiera

superficie sutil y delicada, con colores desleidos en agua de goma, también tuvo que luchar con un nuevo enemigo que le hizo frente. Fué éste la *fotografía*. Así que, según iban progresando las artes y con ellas la rapidez en la ejecución, los trabajos de miniatura hubieron de sentir la influencia de los procedimientos modernos que vinieron á disputarle su dominio. No diremos de quién ha sido la victoria en este pugilato. Si bien se mira habrá podido la fotografía usurpar su puesto á la miniatura por la economía y por la facilidad de su procedimiento, gloria de nuestros días; pero mirado bajo el punto de vista artístico, no cabe discutir á quién corresponde lugar más señalado. Resueltamente se decide por la miniatura, sin que por esto se rebaje en un punto el valor de la fotografía.

Por las razones apuntadas, vemos que en los organizadores de la actual Exposición ha prevalecido el buen gusto, (del que tan menguados andamos), y más que todo un criterio eminentemente artístico, al representar en ella la colección gradual y sucesiva del arte que nos ocupa. Dióse á conocer el año pasado el primer momento de su aparición, en la preciosa documentación iluminada que se exhibió; en el que corre al lado de las pinturas al *minio* se encuentra la fotografía, su rival. Frente á frente el uno del otro, en tanto que el uno hace gala de la delicadeza en la ejecución y de lo esmerado de su trabajo, reclamando para sí la perpetuidad, el otro confórmase con menos; sólo aspira á una vida corta, remedando en esto á la manera de ser de nuestros días en que todo parece vivir al vapor. De lo dicho se comprenderá que no es la actual Exposición una manifestación del arte moderno en su más estricto sentido; representa mejor el proceso seguido por él desde sus comienzos hasta los tiempos presentes. Sin perjuicio de ocuparme en otra ocasión de la fotografía y aun de la cerámica que también se expone, sólo me detendré en este artículo á examinar la rica sección de miniaturas.

Según se entra en la Exposición, tropiézase desde luego con la instalación de D. Luis Gómez de Arteche, de Madrid. Dejando á un lado la variada colección de azulejos y demás objetos de barro que presenta, sorprende una miniatura en marfil, imitación relieve, con cerco de oro, y que según reza el *Índice* representa el interior de un templo cerca de Agra, en el Indostán, pintada por el célebre miniaturista Ismael Khau, de Delhi. Todo está perfectamente hecho, y, sobre todo, asombra la riqueza de detalle del conjunto. No tiene un trazo más

largo que otro; los colores están admirablemente combinados, denunciando al propio tiempo un gusto bien formado en la arquitectura. Paciencia benedictina (é india pudíéramos añadir en el presente caso) se necesita para hacer una labor tan fina y delicada. ¡Cuántos y cuántos habrán pasado por frente á esta miniatura y no habrán parado mientes en ella! Porque ocurre con esta clase de trabajos lo que con la mayor parte de las obras de arte, que juzgadas de primera impresión y muy á lo superficial, ó no se las encuentra el mérito que realmente tienen ó se equivoca el juicio que de ellas hagamos. Y que así juzga una inmensa mayoría de la humanidad no cabe poner en duda. Para terminar. Es una de las *buenas, escogidas* miniaturas que se exponen. Adviértase que no lo digo por el marco que lleva que aunque de oro y muy subidos quilates no dá lugar á decir lo que ya es un axioma *que el marco es mejor.*

Encima de esta instalación hay otra miniatura de gusto Imperio que representa á Isabel II. Es iluminación moderna y está bien hecha. Al lado izquierdo se exhiben por la señora viuda de Soraluce dos cuadros, pintura sobre cristal, representando el uno, la *Vera Faz*, y la *Dolorosa con el cuerpo sagrado de Jesús*, el otro. La obra es del siglo XVIII, y es trabajo hecho á conciencia y de mérito artístico innegable. Es una lástima que se encuentren en tan mediano estado, pues esto impide el que se puedan apreciar en su justo valor los primores de la ejecución y entonación, que vienen á ser como el toque de atención en este género de obras. No necesitamos recordar á sus poseedores que los conserven con todo el cuidado que se merecen á fin de que no sufran ulteriores deterioros y se pierdan por completo, sabiendo que entre los individuos de la familia se cuenta á persona tan entendida é ilustrada en esta materia, como lo es D. Pedro M. de Soraluce.

En otro lugar del salón expone la misma señora, entre varios daguerreotipos, de mérito muy señalado, una miniatura sobre marfil, hecha en Bayona. Es un retrado de señorita, representación conocida.⁽¹⁾ La incluimos entre las buenas.

Pasemos adelante. Son las miniaturas del señor Barón de Monte Villena, de Madrid, que se hallan encerradas en un marco peluche. Representan la Conquista y el tiempo, gusto Imperio. Hay otras dos miniaturas de fines del siglo XVIII, retrato de la desgraciada Reina

(1) Doña Josefa Bolla, viuda del historiador D. Nicolás de Soraluce.

María Antonieta y de la Princesa de Lamballe. Están pintadas algunas, no todas, con mucho gusto y delicadeza y nada más acabado puede pedirse en los retratos en punto á expresión. Llegamos á la vitrina donde el señor Marqués de Seoane exhibe las suyas. Es preciso que nos detengamos ante ella; así lo pide la grandiosa instalación que ostenta. Hay en ella diez y ocho miniaturas de distintos tamaños, llamando sobremanera la atención la del centro. Son en su mayor parte retratos de familia y es preciosísima la miniatura de Ferrer.¹ Creo, (sin que mi parecer pese poco ni mucho en la balanza de la opinión), que este trabajo es de los que más valen. Todo en él está admirablemente hecho, sin que se note la más ligera imperfección. También D. Joaquín Minondo presenta cosas muy buenas. En los extremos de la vitrina del Marqués de Seoane hay dos jarrones de honor, regalo de Napoleón I, que representan la campaña de Italia y Austerlitz. Un pequeño descuido en su colocación ha hecho que las fechas que llevan no correspondan á los hechos que representan las miniaturas de sus caras. El trabajo de éstas, no obstante la multitud de figuras que contiene y lo difícil que es hacer una bien ordenada combinación sin olvidar los detalles del conjunto, realza y da elegancia y tono á los preciosos jarrones. Hay también dentro de la misma vitrina y en su centro un abanico de fines del siglo pasado (época Luis XVI) cuyo varillaje está recargado de miniaturas que son verdaderos retratos. El conjunto representa la glorificación de las Bellas Artes, sobresaliendo en el cuerpo del abanico dos bustos de la época antes citada. A los pocos pasos nos hallamos *vis á vis* con un precioso tríptico doble sobre plata de los señores de Méndez Vigo. Por haber llegado tarde no ha podido exhibirse en el sitio de honor de la Exposición, lo que no deja de ser una lástima. Pertenece á la escuela sevillana del siglo XVII y mucho será que no sea obra del mismo Murillo. No puede darse nada mejor en punto á concepto, expresión y ejecución, que la pintura que representa á la insigne reformadora del Carmelo, Santa Teresa de Jesús. Hay en este trabajo todo el misticismo y santidad de las tablas bizantinas y la corrección del pincel del Renacimiento. Bien es cierto que, en rigor, no puede incluirse este tríptico en la sección de miniaturas, pero dado su excepcional mérito y valor, hemos creido conveniente decir algo de él.

(1) D. Joaquín María de Ferrer, Ministro de Estado, Presidente del Consejo de Ministros, etc. Preciosa miniatura ejecutada en París, en 1827, por el insigne Augustín.

Perteneció al infante D. Sebastián, que es fama tenía una colección escogidísima de pinturas.

El Sr. D. Javier Resines, de San Sebastián, ha hecho instalación elegantísima. La mayor parte de los objetos que presenta son de gusto moderno. Dejaremos de ocuparnos de ellos para hablar de las miniaturas. Sobresalen dos bomboneras, porcelana Sévrès, azul la una y color rosa la otra, ornamentación plata con miniaturas. Por lo que revela el trabajo, pudieran ser antiguas, si bien no nos atrevémos á afirmarlo. Las incrustaciones de plata que á modo de nervios se extienden por toda la extensión de las bomboneras, contribuyen á dar mayor esbeltez y elegancia. Las miniaturas hacen *pendant* con el resto de la ornamentación. Aparte de estos objetos, presenta también otras tres miniaturas, relativamente modernas, representando á la Princesa de Lamballe, Mad. Sopliu y Mad. Elisabeth. Siguen á estos en orden de colocación los objetos de la propiedad de los señores Condes de Lerundi, de San Sebastián. Dignas de que aquí les asignemos lugar señalado son dos cornucopias Sajonia, aunque advirtiendo que mejor merecen incluirlas en la sección de cerámica. El retrato de S. M. la Reina Isabel II en miniatura que también exhiben es cosa buena. La fecha de su ejecución data de mediados del presente siglo.

Sobresaliendo de todos los demás objetos por su elegancia y grandiosidad, se encuentran dos hermosísimos jarrones de honor Sévrès, color lapiz-lazuli, ornamentación de oro, con dos miniaturas que representan al Emperador Napoleón III y la Emperatriz Eugenia. Pertenecen al Excmo. Ayuntamiento de San Sebastián. Tienen estos jarrones su parte de historia, que la voy á consignar aquí, aun á riesgo de molestar á mis lectores. Sabido de todos es la predilección y simpatía que SS. MM. Imperiales sentían por el pueblo donostiarra, manifestada en las diferentes ocasiones que se hospedaron en él. Queriendo los monarcas agradecer á sus moradores la buena acogida que de parte de los mismos recibían en sus frecuentes visitas, S. M. el Emperador ofreció al Ayuntamiento regalar dos jarrones de honor, que habían de destinarse á la Casa Consistorial. Al poco tiempo de esta promesa recibióse uno de los jarrones sin que se tuviera noticia del segundo. Cuando el verano siguiente visitó el Emperador la Casa de Ayuntamiento, fuéle presentado con orgullo el jarrón que había sido enviado por orden suya. Sorprendióse aquél de que no le presentaran más que uno, siendo así que había mandado hacer un juego. Preguntó enton-

ces qué había sido del otro. Le respondieron que no llegó sino aquel que tenía á su vista y que el otro *se habría perdido*. (?) Extrañóse S. M. de lo ocurrido y mandó hacer otro jarrón igual al anterior. Cumplióse su encargo y al poco tiempo el Ayuntamiento de San Sebastián poseía el juego de jarrones que tanto llama la atención. No se crea que la relación anterior es del todo ajena á esta crónica. Habrán observado algunos, que aunque se procuró que el segundo jarrón fuese idéntico al primero, no obstante resultó con alguna pequeña diferencia. El que está colocado á la derecha y que representa á la Emperatriz, tiene su boca y garganta algo más estrechas que el otro que está puesto á la izquierda y aun difiere algo en el color y entonación, que es algo más subido y vivo como resultado de la cocción. Acerca de su mérito, ya he dicho, que son los objetos que más llaman la atención de los visitantes á la Exposición. S. M. la Reina Regente en su reciente visita concretó su juicio diciendo *que no cabía elogiarlos*.

La vitrina en donde está colocada la instalación de D. Joaquín Ferrer-Florez, de Madrid, es tambien examinada con detenimiento. Hay en ella objetos de cerámica muy buenos, y de miniaturas existe asimismo una buena colección. Una de ellas representa al oficial de la armada D. Manuel Fernández Florez, que sobrevivió al desastroso combate entre los buques españoles *Real Carlos* y *San Hermenegildo*, y que vino á la Corte con la misiva de comunicar al Rey Carlos IV la noticia de la hecatombe. Tiene, pues, el valor histórico que se deriva de aquél hecho. El otro retrato es de D. Juan Florez, hijo del anterior, é ilustre hijo de Galicia. De las otras cuatro miniaturas que se exhiben en la misma vitrina, una es obra del famoso Carnicero y basta conocer esta circunstancia para deducir el valor que tendrá. Para no alargar demasiado esta relación, haremos mención de dos preciosos relicarios con miniaturas y piedras (siglo XVIII), y sobre todo de dos relojes de esmaltes y piedras, que son una preciosidad en su género. En otro lugar de la Exposición, casi frente á frente á la instalación anterior, expone también el mismo Sr. Ferrer Florez doce pinturas sobre cristal del siglo XVIII. A mi modo de ver, de toda la colección, la pintura que más vale es una que representa un cuadro mitológico que muy bien pudiera significar la educación de Baco.

Quienes hacen una verdadera ostentación en materia de miniaturas son los señores Condes de Caudilla, de San Sebastián. Presentan todo un facistol con sus cuatro caras repletas de miniaturas. Hay allí

de todo, siendo los más notables, una religiosa (del siglo XVII) y otra señora, (no pudimos saber á quién representaría), trabajo este de la época de fines del XVIII. Esta miniatura lleva el peinado del tiempo y está colocada en la parte superior del artesfacto. Es realmente preciosa y nada le falta para que sea clasificada entre las mejores de la Exposición. Aunque mi pobre juicio poco pueda valer, no quiero, sin embargo, dejar de consignar que no andará muy lejos de obtener una recompensa digna del trabajo. Más tarde he sabido que éste mismo fué el concepto que formó el célebre escultor Mr. Paillez, de París. La que representa á Isabel II á los ocho años de edad, tiene el defecto de la desproporción del cuerpo. La cara está bien hecha, pero deslúcela el reparo que hemos apuntado. En las restantes que completan la numerosísima colección, hay de los siglos XVII, XVIII y XIX. Debemos hacer igualmente mención de un menier y una bombonera con miniaturas. En otro lugar del salón se encuentra un retrato de Alfonso XII, con uniforme de infantería. Le representa de unos tres años y es una miniatura curiosa por su carácter histórico.

No nos detenemos á hablar de lo que presentan los señores de Galán, por pertenecer á la sección de cerámica. Sólo haremos notar que el elefante que está dentro de la vitrina, tiene una ornamentación de mucho mérito. Es japonés auténtico. D. Antonio Giménez, de San Sebastián, secretario del Gobierno civil, exhibe una botondura de oro con miniaturas en esmalte (Suiza). Ningún objeto de los presentados merece mejor el nombre de miniatura que esta botondura, á fijarnos en lo diminuto del trabajo. No quiere decir esto que la palabra miniatura tenga ese significado; sólo nos fijamos en la analogía de la palabra, al interpretarla en el sentido anterior. Repetimos que valen mucho y son dignos del renombre que tienen.

El Sr. D. Canuto Pradera, Teniente de Alcalde de San Sebastián, ha llevado una miniatura que representa al ilustre hijo de Azcoitia, eximio bascófilo D. José Francisco Aizquibel, pintado en Roma en 1825, siendo allí secretario del Excmo. Sr. Duque de Granada de Ega. Representa á joven como de unos veinte y cinco á treinta años y ha sido el primer objeto que se ha presentado á la Exposición. Tiene para los bascongados un valor meritísimo por ser una de las figuras más indiscutibles de este solar, y aun bajo el punto de vista del arte, no puede menos de reconocerse que es un retrato bien hecho. De entre las varias que ha exhibido D. Leonardo Moyua, merece consignarse

una, retrato de señora, principios del siglo, cuyo dibujo está admirablemente trazado. De los señores Condes de Torre-Muzquiz, debemos señalar una miniatura, cuya cara lozana representa la de un bascongado. Según reza el Catálogo es el retrato del patrício guipuzcoano don Esteban Recalde. Tiene rasgos bastante buenos en su ejecución y en cuanto á su expresión, ya lo hemos dicho, que no puede encubrir su procedencia ó origen bascongado. Se halla encerrado en un magnífico marco dorado. El otro retrato, también miniatura, que representa al Excmo. é Iltmo. Sr. D. Pedro de Barroeta, Arzobispo de Lima, ascendiente como el anterior del expositor, es regular. En elegantísima vitrina también exhibe un servicio de café, estilo griego y una tabaquera preciosa con esmaltes y flores de lis. Este detalle nos hace creer que pertenecería algún día á los reyes ó sería regalado por ellos. Tal vez lo sea de la familia de Borbón.

La señora Duquesa de Noblejas, de Madrid, una miniatura del Excmo Sr. Duque de Noblejas, Mariscal de Castilla en tiempo de Fernando VII. Es buena y huelgan los comentarios. D. Félix Agreda, también de San Sebastián, un salero de cristal (Luis XV), con una delicada miniatura. El adjetivo que la aplicamos es bastante á calificar su valor. D. Víctor Samaniego, una de la Reina María Antonieta, hecha por Pradó, y de valor solo regular. El señor de Baroja (D. Joaquín M.), dos de una persona, que la representan en distintas épocas. Lleva la una la firma de Astigarraga, y la otra, de Rousseau (1825); son, á lo que parece, retratos de familia, y sin ser una excepción, están trabajadas con empeño.

D.^a Juana Jonneau, de Nantes, una sobre marfil, retrato de la Emperatriz de Francia María Luisa, esposa de Napoleón I. Del tiempo del primer Imperio dicen es, y aunque parece antigua, opinamos que es moderna. De todos modos es un retrato bien hecho, precioso.

En la adición al Catálogo se halla incluida una miniatura, obra del insigne Goya, en París, año de 1827, que representa á D. Domingo Instauder, Mayordomo del célebre patrício guipuzcoano, D. Joaquín M.^a Ferrer, Presidente del Consejo de Ministros, etc., etc. Se ven en este trabajo las condiciones del artista, y á primera vista se descubren sus talentos y también sus defectos. Esta obra la hizo á los 87 años. Apuntado queda que como obra de tan insigne artista tiene un mérito indiscutible. Es propiedad de doña Rosa Instauder, de San Sebastián. Asimismo en el complemento del *Índice* aparecen descritas va-

rias miniaturas que ha llevado á la Exposición D. Juan Insausti. Una de ellas está hecha en los Estados Unidos y ha perdido bastante de color como efecto de haberse limpiado. Con esto ha desmerecido el trabajo y bueno fuera que un artista entendido la retocase, pues que merece la pena.

Terminaremos estos apuntes incluyendo en ellos la miniatura que exhibe la Sociedad Económica Bascongada, retrato de la tantas veces citada Reina María Antonieta, pintada en París por Daniel Fardu. Me atengo á lo que dice el Catálogo en cuanto á su mérito. Dice así: «El mérito principal de esta miniatura consiste en que fué ejecutada en 1793, el mismo año en que guillotinaron en París á dicha reina francesa».

De la breve reseña que acabamos de hacer, se desprende la importancia que ha tenido la sección de que nos ocupamos en las anteriores líneas. Mucho más pudiéramos haber dicho; pero hemos preferido ceñirnos á la materia y decir la verdad desnuda, sin rodeos ni pretensiones de erudición, convencidos de que en ello ganará no poco la verdad. Es costumbre entre los escritores que de estas cosas se ponen á escribir, ilustrar con datos tomados de la historia, dándose aires de entender de todo. Nosotros pudiéramos haberlo hecho si el presente trabajo, en lo poco que vale, no se hubiera extendido tanto, pues que el asunto lo estaba pidiendo; porque ¿quién recuerda á María Antonieta, cuyos retratos se exhiben en tanto número, sin que al punto surja en nuestra mente la memoria de la Francia desgraciada de sus tiempos? ¿Quién á los Napoleones, sin que se nos ofrezcan como en imágenes las jornadas y sublimes epopeyas de aquellos Emperadores, y bajo sus imperios á la nación francesa, soberbia primero y después rodando al abismo, empujada por sus propios errores y vicios? Y pasando la revista de nación en nación, pudiéramos hallar en la presente Exposición motivos para un estudio completo de los distintos Estados de Europa, y más que todo, de Francia, que dada su proximidad ha importado más obras de este género en nuestras provincias.

Nosotros hemos parado mientes en lo que representan bajo el punto de vista del arte y ya antes hemos dicho que en ese concepto todo elogio es pequeño.

IGNACIO BELAUSTEGUI, *Pbro.*

ENSAYO DE UN PADRÓN HISTÓRICO DE GUIPÚZCOA según el orden de sus familias pobladoras

(CONTINUACIÓN)

- Guerrenzuri, Pedro Martinez y Juan Martinez, vecinos de la tierra de Azpeitia en 1348.
- Guerrico, Martín Juan y Antonio, hermanos, h. Idiazabal, 1685.
- Guesala, Martín, h. Elgueta, 1635.
- Guesalibar, Juan, v. de Mondragón en 1353, Ochoa en 1415, Martín en 1429, Juan Martinez y el Bachiller Ximenez en 1530 y el Licenciado Martín Ximenez, Martín Ximenez (hijo de Juan Ximenez) Pedro y Juan Ximenez en 1566.
- Guetaria, Pedro Ochoa, v. de San Sebastián y enviado cerca del rey Fernando IV de Castilla en 1311.
- Guibelalde, Mateo y sus hijos Gregorio, Juan Antonio y Bartolomé, descendientes de las casas de Guibelalde de Suso (en Gaztelu), Celaya y Sasiain Barrena (en Abalcisqueta), y Barriola en Gainza, h. Tolosa, 1797.
- Guibelondo, Martín y hermanos, h. Elgueta, 1632.
- Guibelbola, Pedro, Domingo y Juan, vecinos de Legazpia, 1532.
- Guibelondo Icazerre, Juan, h. Eibar, 1709.
- Guilisasti, Joanes, de la casa de Guilisasti, en Aguinaga (Usurbil), v. de San Sebastián, 1566.—Juan Nicolás, h. Lezo-Pasajes, 1751.—D. Pedro Antonio, h. Lezo-Pasajes, 1763.—Juan Fermín, h. Aya, 1740.—José y Manuel, hermanos, h. Usurbil, 1730.
- Guiliz, Domingo, escribano de Elgueta de 1578 á 1590.
- Guillano, Pedro, v. de Mondragón en 1530 y Mateo en 1566.

Guimandia, Juan López, v. de Azpeitia en 1348.

Guinegui, Joanes, descendiente de Zarauz y v. de San Sebastián, 1566.

Guipuza, Joan Martinez Guipuza, v. de Tolosa en 1346. Martín, v. de Azcoitia en 1415.

Guipuzeche, Lópe y su hijo Pedro, vecinos de Oñate en 1461.

Guisasola, Juan Antonio, h. Vergara, 1717.—D. Bruno y D. José Agustín, h. Elgoibar, 1735.

Guraya, Lópe, Martín Juan, García y Martín García, vecinos de Mondragón en 1461 y Juan, Nicolás y Juan Ochoa en 1566.—Ascensio, hijo de Juan de Guraya y María de Oro, nieto de Sancho de Guraya (nacido en la casa de Zuriano en Aramayona y casado á la de Amezaga de Galarza, en Leniz), y Pascuala de Uncella, Señora de dicha casa de Amezaga; y descendiente de la casa solar noble y exenta de Guraya en Aramayona, desde la cual pasó como hijo segundo su bisabuelo á la de Zuriano en casamiento, h. Mondragón, 1590.—San Blas de Guraya (hermano de Ascensio) por sí y sus hijos Juan, Pedro y Jorge, E. con la anterior, h. Mondragón, 1615.

Guridi, Juan el Viejo, Señor de la casa solar de Guridi-Arabaolaza y condeño de la ferrería y molinos de Arabaolaza en Legazpia, 1532. Casado con María Martín de Araoz y Urrutia, tuvo por hijos á: Miguel, que sigue esta línea troncal, San Juan, que casó con María de Achaiz, y Martín, que sucedió en la casa de Arabaolaza de Suso, y casado con Catalina de Plazaola, tuvo á Juan de Guridi, marido de Francisca de Idigoras y dueño de dicha casa de Suso en 1596. Miguel de Guridi heredó la casa principal de este apellido, llamada también *Echeandía*, y casó con María de Plazaola, hija de Juan de Plazaola y María Miguelez de Mirandaola, Señores de la casa y ferrería de Mirandaola, y tuvo por hijos á Domingo, que sigue esta línea, Martín, que casó en 1572 con María Martín de Aguirre de Zaldua, Señora de Zaldua, Cristóbal, que casó en 1581 con Gracia de Olalquiaga, Miguel, Pedro, Juan y María Miguel de Guridi.

Domingo de Guridi, sucesor, casó con D.^a Magdalena de Igualde, hija de Juan de Igualde y Domenja de Zabaleta-Laquidilla, mediante contrato de capitulaciones otorgado el 15 de Agosto de 1568, en que su padre le donó la casa solar y hacienda de Guridi-Arabaolaza, más la octava parte de la ferrería y molinos de